

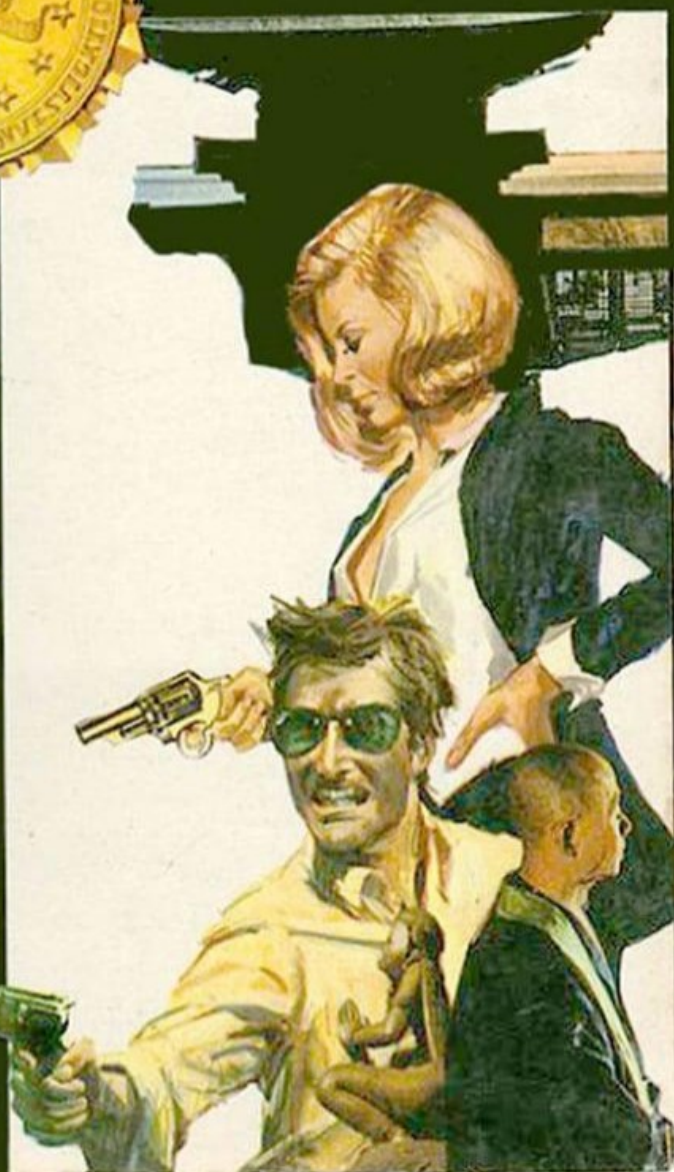


BOESILIBROS
EASA

DISTRITO
21

**Donald
Curtis**

LAS LAGRIMAS DE BUDDA



E



DISTRITO
21

© Donald J. Curtis 1975
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Jefe de redacción:
Manuel Rollán
Publicación semanal
Aparece los viernes
I. S. B. N. 84-05-00430-0
Depósito legal: M. 23.070 - 1975
Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Donald Curtis
LAS LAGRIMAS DE BUDA

DISTRITO
21

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son

producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO I

Kato sepultó las manos en los bolsillos de su sobretodo negro. Miró al exterior, a través de los ramalazos de lluvia, visibles desde los ventanales encristalados del templo.

Maldita noche —gruñó entre dientes, dando unos pasos sobre el suelo embaldosado de oscuro, sintiendo que el ruido de sus zapatos retumbaba en las altas bóvedas del recinto religioso.

Recordó dónde estaba y elevó sus ojos hacia la gran estatua de Buda que servía de fondo grandioso a la inmensa nave.

—Perdón... Creo que ya no sé lo que me digo.

Buda, apacible y benévolo, parecía mirarle con tolerancia desde su alto estrado de mármol, bordeado de pebeteros, luces, de aceite perennes y el plato tradicional donde dejan las ofrendas alimenticias. Una reproducción, bastante menor, del famosísimo Daibutsu de la ciudad de Kamakura.

Juichiro Kato extrajo las manos de los bolsillos para una tarea mecánica, muy habitual en él. Se quitó las gafas de montura de oro, comenzando a sacar brillo y transparencia a sus cristales. Mientras lo hacía, escudriña de nuevo el exterior, con sus ojos almendrados, astutos y rápidos.

—Y esa ambulancia—se impacientó—. ¿No viene?

—Todavía no, inspector —respondió uno de sus agentes, con tono grave.

Juichiro suspiró, guardando la suave gamuza que usaba para limpiar los lentes, y aplicó éstos sobre su recta nariz. Dio unos pasos más.

La luz de unas lámparas recubiertas de esferas de color, arrancó destellos azules de su pelo negrísimo, liso y grasiento, peinado hacia atrás.

—Es inconcebible —masculló—. Si se demoran más, ese hombre puede morir...

El aludido contestó con un leve gemido, como si realmente le hubiera oído y confirmase lo que decía. Pero Juichiro sabía que no era así.

El monje budista tendido sobre las losas y cubierto casi totalmente por la roja alfombra japonesa, no podía oírle a él ni a nadie. Su estado era gravísimo, lindando con la muerte;

El médico de la policía de Tokio regresó de la galería que recorría el templo, en torno a la vasta nave central del mismo. Parecía levemente risueño cuando miró a Juichiro.

—Ya están ahí —infirmó.

Una sirena prolongada se acercó por la ciudad azotada por la lluvia. El vehículo se detuvo a la puerta del edificio dedicado a la veneración de Buda. Juichiro hizo un rápido gesto a sus hombres. El médico de la policía controló la operación de incorporar al monje de cabeza vendada y rostro lívido, del color de la cera. Nunca un oriental pareció más amarillo que ahora.

Le trasladaron con presteza al coche sanitario, que arrancó nada más acoger en su interior al herido. Juichiro no perdió de vista un solo movimiento de sus agentes durante la operación.

Al pasar ante él la figura inerte, rígida del infortunado monje, entornó los oblicuos ojos, y volvió a sepultar las manos en los bolsillos del negro impermeable, salpicado de gotas de lluvia.

Cuando la ambulancia se perdió por las calles de Tokio, el inspector Juichiro Kato, de la Brigada Especial de Contrabando y Valores del Estado, anexa a la policía de Tokio, regresó al interior del templo.

Esta vez caminó hasta llegar al pie mismo del altar donde se alzaba la figura de Buda. Contempló al voluminoso dios. Era una curiosa, pintoresca imagen. En su eterna meditación, Buda tenía allí un gesto especial.

Estaba llorando.

Sobre su faz de bronce, las lágrimas habían dejado surcos, salpicaduras vacías, que eran como abolladuras del metal.

Juichiro las contempló, sombrío. Ahora, eran huecos simplemente. Antes, hubo allí algo más. Hubo lágrimas.

Buda lloraba lágrimas. Eran lágrimas centenarias, quizá, con

quinientos años de vida sobre el rostro de bronce inmutable. Lágrimas creadas por antiguos artesanos japoneses. Lágrimas de diamantes.

Estudió ambas mejillas de la deidad oriental. Los tres surcos de su mejilla derecha, los cuatro de la izquierda. Siete lágrimas. Las siete lágrimas de Buda.

Ahora, no estaban allí. Alguien había arrancado las piedras preciosas, los centelleantes carbonos de cuarenta quilates, de perfecto tallado y pureza perfecta.

Buda seguía llorando. Pero sin lágrimas. Como si el dolor interno del dios, ante la codicia de los hombres, le impidiese derramar el llanto exteriormente. Juichiro inclinó la cabeza. Volvió a alejarse del Buda desvalido.

—¿Se supone lo que pueden valer las siete piedras inspector Kato? —preguntó uno de sus auxiliares, terminando de tomar huellas sobre el pie de la imagen.

—Por encima —suspiró el policía—. Casi cinco millones de dólares...

El otro silbó, sin mucha fidelidad a la habitual indiferencia de los orientales ante cualquier sorpresa. Juichiro hizo una mueca malhumorada y masculló:

—Lo importante, ahora es que el monje salve su vida, Suke.

Seguía lloviendo copiosamente. Tras la cortina de agua, la sinfonía de luz y color del Tokio nocturno, pugnaba por seguir destacando con su raudal centelleante.

Juichiro caminó con lentitud hacia donde los expertos de la policía japonesa trataban de hallar algo tangible, como huellas dactilares, roces o señales en especial alrededor del soporte del gran Buda.

—¿Encontraron algo? —preguntó el inspector.

—Apenas nada, por el momento —repuso uno de los expertos.

—¿Nada? Los ladrones han tenido que escalar forzosamente ese soporte. Y también la estatua, hasta alcanzar su cabeza. ¿Pudieron hacerlo sin dejar huellas?

—Utilizando guantes, tal vez sí. Pero escalar a Buda con guantes es más dura tarea que hacerlo con la acción directa de las manos.

—¿Entonces...?

—Sin embargo, el soporte es el punto donde se apoyan a venerar

a la imagen todos los fieles. Hay miles y miles de huellas confusas, superpuestas. Pueden estar las de los ladrones entre las más recientes. Pero haría falta que se clasificaran casi doscientas huellas relativamente cercanas, y no siempre claras.

—Bien. Clasifíquelas, en ese caso. No importa que salgan claras o confusas. No dejen ninguna al azar.

Está bien, inspector —suspiró el experto. Pero su expresión era bien elocuente; no esperaba que la idea de Juichiro tuviese la menor utilidad.

—¡Eh inspector, mire esto! —llamó alguien, desde otro extremo del templo.

Juichiro Kato se volvió, caminando resueltamente hacia un lugar alejado de la estatua de Suda, pero próximo a una escalera ascendente.

El funcionario se lo exhibió. Sobre la palma discurría en torno a la nave central del templo... "a la altura misma" de la gran faz del Buda sollozante.

—¿Qué hallaron ahí? —demandó el policía japonés.

El agente le entregó las dos puntas de cigarrillos que llamaban su atención. Eran dos cigarrillos emboquillados. Juichiro los contempló con grave expresión en sus ojos almendrados.

La boquilla era azul. Se distinguía parte de la marca del cigarrillo, sobre su extremidad casi consumida. Una marca dorada, oval. En ningún caso eran cigarrillos corrientes. Juichiro los olió con interés, examinó su ceniza, su hebra rubia.

—Americanos —dijo—. Manufactura americana, no japonesa. Marca poco común. No hay apenas cigarrillos de boquilla azul en el mercado de Tokio. Busque. ¿Ha observado algo en esa punta?

Señalaba una en concreto. La cabeza del policía nipón se movió, afirmativamente. Claro que lo había visto. Sobre la cartulina azul celeste de la boquilla o filtro del cigarrillo, aparecían claramente delineados, impresos con nitidez, unos labios femeninos.

Tampoco el tono de "rouge" utilizado por la persona que fumó aquel cigarrillo resultaba vulgar. No era carmín, sino una rosa anaranjada, levemente fluorescente. Una mujer con semejantes labios, había de destacar con fuerza, incluso en una capital como Tokio.

—Guarde ambos cigarrillos —pidió Juichiro Kato—. Pueden ser

interesantes.

Alzó los ojos, contemplando la escalera ascendente y el altillo o galería circundante. Escalones rojos y negros, metálicos. Todo muy japonés, laqueado y brillante. Subió a zancadas, de tres en tres, los tramos de la escalera.

Cuando llegó arriba, se inclinó sobre la barandilla, apoyando en ésta sus manos, estudió la distancia de la misma al rostro de Buda. El lugar tenía algo extraño e impresionante. Le pareció que Buda se mostraba más triste y plañidero desde aquella altura.

También le pareció que la distancia de la barandilla a la faz inmovible de la deidad, era mucho que la existente del suelo a la misma. Solo que allí había el vacío, sobre las losas del templo, a las que una caída llevaría irremisiblemente a un ser lisiado o muerto, por ágil que fuese.

Estudió la sólida imagen de Buda, la disposición de la barandilla, la existencia de la gran columna situada detrás de Buda, y frente por frente a su situación actual.

—Examinen esa columna —pidió, señalándola bruscamente—. Vean si tiene huellas o muestras sobre la piedra. Algo que pudo producirlo un garfio o asidero metálico. Especialmente, observen a la altura de la cabeza de Buda. Hagan fotografías detalladas Eso es todo.

Bajó de nuevo sacudiendo sus manos del polvo. Los pasos de su mojados zapatos en el metal esmaltado, sonaban huecos, rotundos, incluso moviéndose con suavidad. Las altas bóvedas del templo budista hacían centuplicar todo sonido.

Juichiro se estremeció, imaginando el grito del sacerdote budista cuando recibió la tremenda herida en el cráneo. Debió resonar de forma alucinante en aquel lugar de recogimiento, de paz y de sereno reposo espiritual del Hombre enfrentado a su Fe.

Volvieron a empañársele las gafas. Las secó con movimiento maquinal, que Juichiro efectuaba casi siempre mientras reflexionaba intensamente, ligando sus ideas.

—Hay crímenes imperdonables en la humanidad —comentó para sí—. Y éste es uno de ellos...

A estas horas, la descripción de las fabulosas piedras, patrimonio del templo budista, circularía por todo el mundo, llevada por la radio, la televisión, el cable y el teléfono. Los teletipos, emitirían la

noticia, tanto para las islas como para todo el orbe:

"Robo en el templo. Un sacerdote budista gravemente herido por los ladrones de cinco millones de dólares en diamantes. Joyas religiosas centenarias, desaparecidas del rostro de Buda Doliente"

Esa fue la noticia, difundida a todo el mundo, desde su escenario exótico y remoto, allá en Tokio...

* * *

—"Gold Blue, Filter Tip —leyó Juichiro Kato lentamente—. Cigarrillos manufacturados por la Virginia Tobáceos and Co., de Winton Salen, Carolina del Norte, U.S.A. No se venden mucho, ni es una marca muy difundida fuera de las fronteras norteamericanas. En Tokio, solamente diez establecimientos los expenden.

—Parece una pista clara ¿no inspector?

—Yo siempre desconfío de las pistas claras —gruñó el policía—. Esos cigarrillos pudo fumarlos cualquiera. Sí, cualquiera. No precisamente los ladrones de los diamantes.

—Pero fumar en el interior del templo... parece cosa de los ladrones, mientras aguardaban su oportunidad.

—Sólo lo parecen. Hay turistas que hacen cosas indescriptibles, incluso en un templo. Especialmente si son americanos.

El subordinado de Juichiro sonrió, sin hacer comentarios a la cáustica observación de su jefe. En vez de ello, tomó el teléfono que repiqueteaba, y demandó respuesta.

Se la dieron. Pasó el receptor a Juichiro.

—Para usted, inspector. Del laboratorio.

Kato tomó el teléfono. Recibió el informe del laboratorio, que copió rápidamente en un papel. Luego, dio las gracias, pidiendo copia escrita del resultado definitivo, y colgó.

Exhaló un suspiro, agitando el papel donde había escrito los nuevos datos, resultado del análisis policial de la huella de "rouge" en la boquilla azul del cigarrillo.

—¿Alentador, inspector? —inquirió su subordinado.

—En cierto modo, sí. Al menos, sabemos a qué atenernos respecto a quienes fumaron los "Gold Blue", del filtro azul.

—¿De veras?

—Sí. El "rouge" labial es de fabricación nacional. Marca Daykio, con manufactura de cosméticos en Osaka. Color "naranja sideral" —

hizo un gesto sarcástico al mencionar el nombrecito. Y concluyó—. Se puso hace muy poco a la venta. Apenas si se expende en Tokio, salvo en las más importantes y especializadas firmas dedicadas a la perfumería y cosméticos. Se supone que muy escasas clientes lo adquieren. De modo que ya sabe lo que procede ahora.

—Buscar el "rouge" —suspiró el ayudante de Kato.

- Eso es una barrita del clásico "Cherchez la femme" de mi infalible colega francés... En marcha, hijo. Hemos de hallar a quien compra "Naranja sideral" de Cosméticos Daykio... y "Gold Blue", con filtro azul. Como en las malas novelas, muchacho. Dios quiera que, como en ellas, demos con nuestro hombre... y nuestra mujer.

Terminó de frotarse los cristales de sus lentes, que ajustó sobre la nariz, estiró el brazo, tomando su impermeable, y se lanzó con su auxiliar a la lluvia y las luces de Tokio, en busca del rastro.

CAPÍTULO II

ESTO significa el final de las vacaciones, señor?

Aproximadamente, sí. Es posible que la cosa se resuelva en un par de días, y ustedes puedan tomar el avión de regreso a Honolulu. Pero, por el momento, la situación es ésta: oficialmente, han terminado sus vacaciones, regresan a la tarea. Sólo que en vez de volver al continente, siguen hacia el Pacífico, hacia la siempre hermosa y enigmática tierra asiática.

—Sus "slogans" publicitarios sobre Asia, nos dejan indiferentes— gruñó Howard Masón con enfado.

—Lo mismo digo —corroboró Marty Duff.

—Bueno, muchachos, no se pongan así —suspiró McLaughter, de la Oficina Federal, en Honolulu—. Era sólo una broma. Vais al Japón.

—¿El Japón? ¿Qué ocurre? ¿Ha vuelto a declararse la guerra?

—Que yo sepa, no. Pero se declarará, si alguien no da con Las siete Lágrimas de Buda.

—¿Las... "qué"? —farfulló Duff, enarcando las cejas.

—Lo oyeron perfectamente, hijitos —dijo McLaughter con sarcasmo—. Las Siete Lágrimas de Buda. —¿Con mayúsculas? — Con mayúsculas. Son diamantes.

—Diamantes... —repitió Masón, desilusionado. ¡Qué poética forma de llamarlos! Esos japoneses...

—Esos japoneses, como usted les llama, Howard, andan tras de siete diamantes de cuarenta quilates "cada uno".

Duff soltó un silbido agudo, prolongado.

—¿Los hay? —rezongó, atónito.

—Parece que sí —McLaughter no pudo disimular su risa corta, agria—. Los tasadores oficiales cifran el valor de los siete diamantes

en casi cinco millones. —¿De dólares? —lloriqueó Masón.

—Claro.

—Lo temía —Howard se dio un puñetazo en la otra mano extendida—. Y esto, nos tenía que tocar a nosotros.

—Son los agentes más cercanos, entre el cuadro de la máxima eficacia—ponderó McLaughter—. Deberían sentirse orgullosos de servir a...

—Pare, pare —atajo Duff—. No soportaría un sermón de esos. Me los sé de memoria. Iremos sino hay más remedio, jefe. Pero eso será todo.

—No hay más remedio. La policía de Tokio ha pedido ayuda al FBI, a través de la Interpol. Estamos obligados a colaborar. En especial... —McLaughter resopló antes de añadir su pequeña "bomba" particular al asunto—. En especial .cuando el sospechoso de robo es un americano.

Marty Duff y Howard Masón se miraron, estupefactos. Luego, volvieron sus ojos al jefe de la Oficina Federal en Honolulu.

—¡Un americano! —masculló Masón— ¡Oh, no...!

—Lo siento, muchachos —McLaughter inclinó la cabeza—. Yo no elegí a Steve Gordon como culpable de robar cinco millones y herir gravemente a un monje budista en Tokio...

—¡Steve Gordon! —Howard Masón dio un salto de varios centímetros, y puso la misma cara que si le dijeran que había nacido de una víbora y un caimán—. ¡No, no...!

—Sé lo que siente —declaró McLaughter, con cierto aire de humanidad—. Steve Gordon es su amigo. Lo ha sido desde hace años. Es corresponsal de una Agencia americana de noticias en Tokio, y colabora con su prometida Claire Leighton en escribir un libro sobre las costumbres y aspiraciones del Japón de hoy. Pues bien, el mismo Steve Gordon es el acusado del delito sacrílego. Y, lo que es peor, la propia Claire Leighton está sometida a una acusación formal de complicidad en el delito... ¿Se da cuenta de por qué eligieron a usted precisamente, Masón? Es el más idóneo, y el que antes puede llegar a Tokio. Duff, que pasa aquí su permiso también, cuidará de acompañarle. Póngase en contacto con la policía japonesa nada más llegar. Recuerde que es una demanda de Interpol, y que estamos obligados a ayudar a nuestros colegas japoneses, a la vez que tratamos de impedir que dos ciudadanos

norteamericanos puedan verse procesados por un homicidio.

—Si son ¡nocentes—apuntó Duff, calculador.

—Sí, son ¡nocentes, por supuesto. Yo sé que lo son. Ustedes, deben saberlo también.

—Sí, Marty—se apresuró a declarar Masón, apretando los labios—. Steve es incapaz de una cosa así. Y Claire también. Esto se debe a alguna estratagema genial de los ladrones, echando culpas sobre otros. Investiguen en ese sentido. Y denme información "inmediata". Sin pérdida de tiempo y sin limitación de gastos, ¿entendieron?

—Está claro como el agua —ponderó Marty Duff torciendo el gesto—. Vamos, Howard. El Tío Sam nos paga el turismo en la tierra de los almendros en flor las pagodas y las "gheisas". No puede uno negar que es realmente generoso...

Y tomando por un brazo a Masón, con gesto irritado, abandonó la estancia dando por terminada la entrevista.

Afuera, al enfrentarse con la amplia avenida asfaltada, las palmeras y el juego de dorados y azules de las playas de Weikiki, ya nada les pareció realmente bonito ni apacible, como lo fuera hasta entonces.

—Tokio, el Japón... —rezongó Duff, manejando el automóvil por las amplias frescas avenidas de Honolulu, entre los cimbreantes árboles y los edificios de planta baja y frondosos jardines—. ¿Qué diablos se nos ha perdido allí?

—A nosotros nada. Pero a los japoneses mucho. Y esto se ve que forma parte de la convivencia, la noble colaboración y todo eso...

—Y sólo había en el mundo dos agentes federales a quien meter en el lío ¿no es cierto, Howard?

—Bueno, yo... yo tengo amistad con Steve Gordon. Una gran amistad, desde hace años. Posiblemente esté obligado a ir, si su situación es tan seria.

—¿Y yo? ¿Por qué voy yo? —quiso saber Duff, enfurecido, volviéndose para contemplarle fijamente.

—Porque eres Marty Duff. Un buen amigo de Howard Masón. El mejor amigo. ¿Qué sería de mí si tu compañía, muchacho?

—¿En Tokio?

—En Tokio, y en el fin del mundo.

—Eres un gran embustero, Howard. Pero desgraciadamente, mientes tan bien que uno llega a creerse tus propias mentiras a

veces.

—¿Te extraña? —Masón soltó una carcajada—. Si hasta yo he llegado a creerlas.

* * *

—Formalmente, inspector. ¿De qué me acusa para arrestarme?

—Del robo de siete piedras que valen casi cinco millones de dólares. Y le advierto que no logrará nada si se pone a negar, jurar y protestar. La justicia de mi país no es nada impresionable. Aporte pruebas de su inocencia, y será puesto en libertad.

—¿Y ustedes? —se exasperó Steve Gordon—. ¿Pueden aportar pruebas de mi culpabilidad?

—Sí —declaró, escueto, Juichiro Kato. La afirmación del inspector dejó como helado a Steve Gordon. Buscó con los ojos a Claire Leighton, que acababa de dejar a un lado su portafolio habitual, con las dos grandes iniciales de metal niquelado, C.L., para incorporarse y mirar fijamente al inspector Juichiro.

—Puedo aportar pruebas de ella, señor Gordon—sostuvo el policía japonés—. Pruebas de que usted estuvo con una mujer en el templo budista. Una mujer que fumó uno de los cigarrillos que usted adquiere habitualmente: "Gold Blue". Una mujer que, como la señorita Leighton, utiliza "rouge" labial de tono "naranja sideral", fabricado por Cosméticos Daykio, de Osaka...

¿Está loco, inspector? ¡Eso es un disparate!

—¿Acaso no fuma usted "Gold Blue"?

—Sí; pero...

—¿Y no mantiene usted cierta clase de relaciones..., . digamos amistosas, con una joven llamada Greta Ingerman, de nacionalidad sueca, residente en Tokio por motivos de trabajo?

Steve Gordon dirigió una mirada de soslayo a Claire Leighton que, de pronto habíase tornado fría e inexpresiva, como si le dieran un brusco mazazo en cierto punto vital de su joven naturaleza.

—Inspector, eso..., eso pertenece a mi vida-privada. En cuanto a Claire Leighton aquí presente, es mi prometida oficial y...

—No te violentes por eso, Steve —habló ella, algo seca, pero dibujando una tenue sonrisa en su boca carnosa—. Sé que tienes que mantener contacto con cierta clase de chicas con frecuencia, y no soy nada celosa. No importa que Greta Ingerman no sea de mi

agrado, para que esto cambie la situación. Lo importante ahora es la acusación formulada por la policía y todo lo relativo a ella. Olvida mis susceptibilidades de mujer, Steve. No voy a hacerte una escenita por ello, y mucho menos aquí.

—Gracias —Steve respiró con fuerza, mirándola fijamente—. Gracias, Claire. Tienes un amplio sentido sobre ciertas cosas...

Se volvió hacia el inspector Juichiro, que le contemplaba atento y como ausente de su rápido intercambio de frases, y habló con renovada energía.

—Bien inspector. Habló usted de mis relaciones con Greta Ingerman, que actúa como cantante y bailarina frívola en el Dragón, ese club nocturno del barrio de Marunouchi, ¿no es cierto?

—Sí. Hablé de eso, señor Gordon. Ella utiliza ese "rouge" especial, apenas extendido para la venta, y apropiado tan solo para mujeres muy rubias y pálidas. Como la señorita Ingerman, cuya melena platinada es famosa en todo Marunouchi.

—Y usted..., usted lleva sus deducciones hasta el inaudito punto de acusarme a mí de un robo como ese, basándose solamente en dos indicios: una punta de cigarrillo especial, y una mancha de "rouge", ¿no es así? —se asombró Gordon, aturdido.

—En efecto, señor Gordon. Hay otras pruebas que los jueces cuidarán de analizar y considerar. Mi tarea termina en el punto mismo en que le entregue a la justicia, como sospechoso del delito. Primeramente se pensó que la señorita Leighton pudo tener parte en ese robo, porque alguien aseguró haberla visto en su compañía, en su automóvil, señor Gordon, poco antes de cometerse el robo en el templo budista. Se deshizo ese equívoco lamentable cuando la señorita Leighton pudo probar dónde se hallaba a aquellas horas, cosa que usted aún no ha hecho..., ni tampoco la señorita Ingerman, por curiosa coincidencia. ¿Y sabe una cosa? El número que ella hace en el Dragón como base de su actuación coincide casi con la hora del robo. Pues bien, ella llegó esa noche con media hora de retraso, empapada de lluvia, pálida y nerviosa. Aseguró que había sufrido un accidente con el coche cual demoró su llegada. Es el testimonio del gerente del Dragón, revisados los expedientes de tráfico de ese día, no aparece por parte alguna el accidente citado por la señorita Ingerman.

—Yo no vi a Greta esa noche —se irritó Gordon—. Soy un

ciudadano americano, un corresponsal de noticias. ¿Es que nadie va a creer en la palabra de un hombre íntegro y honrado?

—Le puedo asegurar, señor Gordon, que no tengo nada contra los americanos—sonrió Juichiro Kato, suavemente—. La guerra hace años que terminó y carezco de prejuicio contra toda clase de personas o razas. Pero usted, señor Gordon, va a ser acusado de ese robo, y debo advertirle que ha sucedido algo que agrava considerablemente su posición en el caso.

—¿Qué agrava mi...? Inspector, ¿a qué se refiere?

—Las puntas de cigarrillo con filtro azul fueron una pista, pero en modo alguno podían bastar para acusarle de algo tan grave, señor Gordon —Juichiro, lentamente, paseó por el despacho, comenzando a sacar brillo a los cristales de sus gafas—. Pero al detenerle a usted se ha procedido al registro de su vivienda en Tokio. Lamento informarle, señor Gordon, de que en el interior de la funda-maletín de su máquina de escribir portátil, han sido hallados unos extraños residuos metálicos, un polvillo o pequeñas virutas de algo que, al ser arrancado con premura, desprendió esos fragmentos casi inapreciables. Se han enviado a los laboratorios de la policía y han sido analizados. Eran de bronce, señor Gordon.

—¿Bronce?

—Sí. Y, casualmente, de la misma aleación y antigüedad que el bronce de la estatua de Buda robada en el templo. Pudo estar adherido a unas monturas especiales que permitían el afianzamiento de las "lágrimas" sobre el rostro de la imagen, ¿comprende? Monturas que también desaparecieron con los diamantes.

Anonadado, Steve Gordon inclinó la cabeza, sujetándola entre ambas manos. Parecía como si, de pronto advirtiese que las pruebas acusatorias eran mucho más graves y terribles de lo que pensara en un principio.

—Dios mío....—jadeó—. ¡Dios mío, Claire! Esto—, esto es inconcebible. ¡Yo no he cometido ese robo, lo juro!

Claire Leighton se incorporó, acercándose lentamente a él. Apoyó con firmeza una mano en su hombro y manifestó:

—Yo te creo, Steve. Te creo... Pero debes irte haciendo a una idea que antes no ha llegado a pasar por nuestras mentes...

—¿Y es, Claire...? —demandó él, alzando el rostro

patéticamente lívido.

—Que "alguien" está tratando de culparte de un robo que jamás cometiste...

El teléfono había sonado en aquel momento. El inspector Kato lo atendió. Asintió, con gesto sombrío, en dos ocasiones. Después colgó, volviéndose hacia los dos americanos.

—Lamento informarles que no van a ser las culpas de un robo las que deba afrontar su prometido, señorita Leighton —expuso.

—¿Qué quiere decir? —se alarmó ella. —El monje budista herido... acaba de morir en el hospital. "Ahora es asesinato".

CAPÍTULO III

—Eso cambia las cosas, Howard.

Masón asintió, echando a un lado, con un suspiro, el diario japonés en lengua inglesa que estaba ojeando. Luego miró a Marty Duff.

—¿Por qué Steve precisamente? —gruñó con irritación—. Es un buen chico Marty.

—El mundo está lleno de buenos chicos que dejarían de serlo por cinco millones de dólares —suspiró con cierto cinismo Duff. Meneó la cabeza de un lado a otro—. No, Howard, eso no sirve. No es ninguna razón.

—Escucha esto, Marty. No hay muchos hombres en Tokio que fumen esos cigarrillos, pero no está sólo Masón. ¿Por qué arrestarle a él?

—Ahí dice algo concreto —Duff señaló el diario—. Primavera razón, su amiga Greta Ingerman, la sueca frívola, ha desaparecido. La policía japonesa no da con ella. En segunda razón, un registro en el apartamento de Steve reveló la presencia de virutas de bronce. El mismo bronce de la estatua. ¿Necesitará más la policía, si unes a eso que Steve carece de coartada para esa noche y que un testigo asegura haberle visto en su automóvil un turismo americano de color verde manzana, a dos o tres bloques de casas del templo robado cosa de tres horas antes de ser hallado el monje herido?

—Sé todo esto, Marty. Pero ignoramos quién es ese testigo, ignoramos quién tiene acceso al apartamento de Steve, quién puede fumar "Gold Blue" o habérselos quitado a Steve... y quién pudo ponerse el "rouge sideral" en los labios, si es que no fue la rubia sueca, en complicidad con otro tipo, para echarle las culpas luego a Steve.

—Es una teoría plausible, pero interesada —negó Duff—. Eres amigo de Steve Gordon. Nadie te aceptará esa versión de los hechos, especialmente en Tokio.

—Nosotros no hemos venido para pensar igual que la policía, Marty.

—Claro que no. Pero tampoco hemos venido como abogados defensores de Steve. Debemos ver las cosas fría e imparcialmente. Si nuestro compatriota lo hizo, deberá pagarlo. Si hay una duda razonable sobre eso trataremos de luchar con todas nuestras fuerzas para salvar a Gordon. Eso es todo.

—Está bien —suspiró Masón, tras un silencio, apoyando ambas manos en la húmeda barandilla de la galería asomada al bloque urbano de Maronnuchi, en su flamante apartamento.

Contempló la ciudad, gris y gigantesca, bajo las nubes plomizas y la persistente lluvia de aquellos días.

—Vamos a trabajar sobre esa base, Marty. Tú no conoces a Steve y no te dejarás impresionar. ¿Por dónde debemos empezar, según tú?

—Por Claire Leighton —reflexionó Marty un momento, y luego añadió—: Después nos ocuparemos de buscar también a Greta Ingerman, la sueca... y a sus posibles amigos.

—Sí, creo que es lo más sensato —aceptó su amigo—. Adelante, Duff...

* * *

La salita japonesa era deliciosa. Como un grabado en laca, súbitamente corpóreo. Muros de papel, papeles encristalados, cuadros en tejido de cañas, mesita y asientos bajos, luces tamizadas y suaves colgando del techo y las tacitas de té ante ellos, con la filigrana policromada del trabajo artesano japonés.

Sólo ellos tres, silenciosos y taciturnos, desentonaban en el gracioso ambiente.

—Es algo que todavía no he pasado a creer —musitó lentamente ella, con expresión lejana. Steve encarcelado... como un delincuente verdadero. Bajo la acusación de homicidio. Las autoridades japonesas son todo amabilidad, corrección, deferencias..., pero estrictamente frías en el curso de su tarea. Sólo admiten evidencias. Y, por ahora, todas están en contra de Steve.

—Ahí debemos ahondar, Claire —habló Howard Masón con rapidez—. En esas pruebas. Alguien las ha acumulado contra él.

—De eso no hay duda. ¿Pero quién?

—Vamos a tratar de averiguarlo, tanto si nos ayuda la policía japonesa como si no.

—El inspector Juichiro Kato se encarga del caso. Es un Departamento especialmente dedicado a todo delito que afecte al Tesoro nacional. Las "Lágrimas" de Buda eran como un antiquísimo patrimonio del país, una reliquia de valor religioso y material, bajo la protección del Gobierno japonés.

—¿Cómo es el inspector Kato?

—Un hombre inteligente y vivaz. Está equivocado, pero no se le puede culpar. Trabaja con unos indicios que señalan todos hacia Steve.

—Una pregunta señorita Leigton —terció Marty Duff, de pronto.

—Sí —ella se volvió, sonriéndole—. Llámeme Claire, también. Somos amigos, puesto que lo es de Howard y ha venido a ayudar a Steve.

—Gracias. Dígame, Claire: ¿usted sabía que Steve tenía cierta amistad con Greta Ingerman?

—Sí, lo sabía —desvió los ojos molesta—. Ella es alta, hermosa, con un cuerpo espléndido... Y sabe exhibir de él todo cuanto le dejan los censores japoneses, que es demasiado. No se puede culpar a Steve por eso. Es hombre, está siempre en contacto con gentes diversas por su trabajo, y cuando nosotros convertimos nuestra amistad y colaboración profesional en noviazgo serio... él ya conocía a la sueca. Y sus relaciones no eran precisamente de hermanos.

—Creo que mucho más debilitadas. Pero Steve no terminó de romper su lazo totalmente.

—¿Contra su voluntad?

—Sí. Aunque nunca insistí demasiado sobre ello. No me gusta el papel de celosa.

—Pero lo es—sonrió Duff.

—Un poco —aceptó ella, con otra sonrisa—. Sin embargo, la táctica de una mujer debe ser inteligente, si no quiere fatigar al hombre.

—Lo tendré en cuenta cuando tenga novia, —rió Marty Duff—.

¿Usted conoce personalmente a Greta Ingerman?

—Sí. Pero no mucho. La he visto actuar en el Dragón. Ella sabía quién era yo. No podía haber trato cordial.

—Ya. ¿Qué tal es ella? No físicamente, claro. Eso ya me lo dijo antes. ¿Cómo es, qué clase de vida lleva, qué amigos puede tener? ¿Sabe algo, aparte de su relación con Steve?

—No mucho. No baila mal, canta con voz grave en alemán, francés, inglés e incluso japonés, y gusta a los hombres. El Dragón es un local selecto, no un club nocturno de mala fama. Pero una ciudad como Tokio reúne gente extraña e indescriptible en su ambiente. En el Dragón puede hallar, granujas internacionales y diplomáticos soviéticos con igualdad facilidad. No sé si ella tendrá amistad o relaciones íntimas con alguno de ellos. Pero es llamativa, viste muy bien, lleva joyas costosas y buenas pieles. Steve nunca pudo regalarle cosas así ni creo que gane como para cubrir esos gastos, de modo que...

—Claro como el día —rió Duff, asintiendo—. ¿Se sabe algo de su actual paradero?

—No, nada. Actuó la noche del robo, aunque con retraso. Al día siguiente no se presentó a trabajar. Ya no la vieron más. Cuando la policía japonesa indagó en el Dragón con los datos de una perfumería de lujo de Tokio que vendía el tono naranja sideral de "rouge" de labios, y que tenía por cliente a la sueca, pronto ligaron eso con Steve, que ya figuraba en la lista de fumadores de "Gold Blue" obtenida por Juichiro Kato. ¿Se dan cuenta del modo que se tendió la red sobre Steve Gordon?

—Sí —asintió Howard, contrariado—. Todo a través de esa sueca...

—Y a través de dos productos poco vulgares: Cigarrillos de filtro azul y lápiz labial naranja sideral.—Comentó Duff, con cierto sarcasmo.. Es disparatado, ¿no?. O al menos lo parece.

—Lo sé, Claire. ¿Quiénes tenían acceso al apartamento de Steve, quien pudo depositar en el maletín de su máquina de escribir esas virutas de bronce que le acusaron de haber estado en el templo y de haber tocado la estatua de Buda, arrancando algo de ella, algo que debió ocultar en la funda de la máquina, según juicio de los expertos de la Policía? Trate de pensar en eso: el que lo hizo sabía cómo entrar en el apartamento cómo dejar en el maletín los

residuos metálicos.

—He pensado en ello muchas veces. No sé quién podría hacerlo. Steve tiene muchos amigos, a quienes ha llevado una u otra vez a su apartamento: Walter Owens, mi jefe en la Interpress Extranjeros en Tokio; el coronel Elmer Scott, de las Fuerzas Armadas Norteamericanas en el Japón; yo misma, Asaka Taito...

—¿Asaka Taito? ¿Una mujer?

—Japonesa —sonrió Claire—. Y joven y bonita. Pero no piense mal. Steve no era un Casanova, porque tuviese amores con la sueca Greta. Asaka Taito y su hermano Hosai Taito son dos jóvenes amigos de Steve y míos. Trabajan en el Centro Cultural Occidentalista de Tokio y colaboran con nosotros en la confección del libro que estamos desarrollando sobre este país, lo mismo que colaboraron, antes, sirviéndonos informaciones inapreciables sobre temas de nuestros artículos... Asaka es una muchacha seria e inteligente.

—Gordon tenía muchas relaciones sociales, a lo que veo —suspiró Duff—. Será muy difícil dar con una pista, con un indicio sobre alguien.. Cualquiera pudo hacerse con una llave o una copia modelada en cera previamente para, en su día desarrollar el plan.

—Es lo que he pensado —aceptó Claire, con desánimo.

—Hay otro punto sin aclarar: el testigo —recordó Howard Masón.

—¿El testigo?

—Sí, Claire. El que aseguran haber visto a un hombre en el coche verde manzana de Steve cerca del templo budista, poco antes de descubrirse el robo... y a quien identificó como a Steve Gordon sin lugar a dudas.

Ella afirmó, con lentitud.

—También es cierto, Howard. No dudó en señalarle cuando se lo presentaron con otros siete hombres de raza occidental. Dice que es el mismo a quien vio detenido con el coche a pocas manzanas del templo encendiendo un cigarrillo tras el volante. Asegura que la luz del encendedor iluminó claramente su rostro, y era él.

¿Steve niega haber estado allí? —saltó Duff.

—¡Naturalmente! —se ofendió Claire—. El no estuvo para nada en ese lugar a tales horas. Desgraciadamente fue a Kokoma en su automóvil y no pudo probarlo. Carece de coartada.

—¿Quién es el testigo?

—Un japonés. Se llama Kenko Mizuno, y creo que trabaja en una factoría industrial en las afueras de la capital. No parece haber motivos para que mienta, y Steve está seguro de que jamás lo vio antes de ahora.

—Yo no podría estar tan seguro —sonrió Howard Masón—. Todos los japoneses me parecen lo mismo.

—No a Steve. Ni a nadie que lleve tiempo en este país, Howard.

—Bien. Poco material hay para trabajar, ¿eh, Marty?

—Aparentemente, sí. Pero uno no puede estar nunca seguro de eso. Ese escaso material pude ser rico en contenido —apuró Duff su tacita de té.

Se incorporó el joven agente federal, de cabello castaño y ojos oscuros y graves, contemplando a su compañero Masón, rubio y de azules pupilas, tan joven y atlético como él mismo.

—¿Vamos ya, Howard? Va a haber mucho trabajo por hacer, estoy seguro. Y aunque la compañía de Claire es muy agradable, ella será la primera interesada en que hagamos algo práctico y efectivo.

—Sí, por favor —Claire se incorporó con ligereza, acercándose a ambos. Apoyó una mano en el brazo de cada uno y oprimió fuerte, intensamente. Les contempló con ojos brillantes—. Tengo la impresión de que si Steve ha de salvar su vida... únicamente ustedes pueden lograrlo.

CAPÍTULO IV

EL apacible, gordito y sonriente señor Ikeda, gerente general del Dragón, atendió con las máximas atenciones a los dos agentes del FBI norteamericanos.

Pero los resultados no estuvieron a la altura de lo esperado. Lo cierto es que el señor Ikeda no pudo aclararles mucho, salvo darles una fotografía de Greta Ingerman, en sus impresionantes medidas de tórax y caderas entre otras, lamentar la ausencia de la sueca, exclusivamente por su éxito entre el público masculino, aunque no por su calidad artística, que la japonesa Ishima Yoko parecía haber eclipsado con méritos totalmente opuestos a los de su antecesora en el Dragón.

Nadie le conocía en el local a la sueca otro amigo que Steve Gordon. Ciertamente usaba siempre un color labial anaranjado, claro y llamativo, últimamente más espectacular y brillante que antes.

Una muestra de "naranja sideral" fue reconocida por el señor Ikeda como el tono que lucía últimamente Greta.

Admiradores tuvo muchos la platinada nórdica. Pero no parecía que ninguno fuese tan seriamente como Gordon. El señor Ikeda recordó que ella hablaba con más frecuencia en alemán que en sueco o inglés, y que cuando se irritaba, utilizaba también el alemán para comentar en voz baja.

No sabía nada de su actual paradero, pero si sabía dónde se alojó hasta desaparecer, como lo sabía la policía: la residencia de apartamentos Kintai, en pleno centro de Marunoichi.

Abandonaron el despacho del amable, obsequioso señor Ikeda, después de aceptar una taza de té y rechazar cien ofertas de licores y "sanwiches". Se dispusieron a salir también del Dragón para buscar algún indicio en la vivienda de Greta Ingerman.

Entonces se encontraron con Ishima Yako, la japonesita, y con el hombre que la estaba molestando.

* * *

Era el corredor de acceso desde las dependencias y camerinos del Dragón a la sala del establecimiento público. Un pasillo largo y angosto, con una luz alta, colgando del elevado techo.

Allí estaba la deliciosa japonesita. Le habían arrancado el kimono japonés bordado, que yacía a sus pies, y el hombre estaba intentando abrazarla, arrinconándola contra la pared.

—¡Suélteme! —gritó ella en japonés, forcejeando por apartarle de sí—. ¡Apártese o escandalizaré y ser usted...!

El hombre era también de su raza. Japonés fornido, no muy alto. Iba despeinado y parecía ebrio. Soltó una risotada, y, en vez de retroceder o intimidarse, se precipitó de nuevo sobre ella, replicando agriamente. Y, cosa rara, se expresó en inglés, no en su lengua nativa:

—¡Ven preciosa, muñequita. No grites, porque nadie va a ayudarte... Yo soy muy fuerte! ¡Mucho encanto!

Otra risotada marcó su fácil maniobra para eludir las uñas de Ishima Yoko, que sólo logró rozar su mejilla derecha, y luego las manos nervudas, aceitunadas, se engarfiaron sobre el punto del suéter y la carne, femenina que cubría.

La joven trató de gritar, pero el hombre la oprimía con fuerza contra el muro y una de sus manos taponó con fuerza los carnosos labios de la japonesita.

Entonces fue cuando Masón y Duff aparecieron en el corredor. Cambiaron una rápida mirada de sorpresa. Luego, Marty Duff habló escuetamente:

—Asunto mío, Howard.

Masón no replicó. Parecía algo convencido previamente. Dejó que Marty Duff avanzara en línea recta hacia la pareja en pugna. El joven federal hizo una rápida presa sobre el cuello del hombre, a quien aferró, avisando con tono áspero:

—Suelta a la señorita, ¿quiere?

El japonés pareció sorprendido. Soltó a la joven. Ella, con los ojos muy abiertos, miró a su inesperado y salvador y luego al agresor. Avisó con viveza, repentinamente.

—¡Cuidado! —y empleó el inglés para hacerlo.

A pesar de la celeridad en la llamada, su voz llegó tarde. El hombre había sido muchísimo más rápido en ejecutar para soltarse de la presa de Duff y, a la vez, ejercer presión de "judoka" sobre una pierna de Marty. Ello, inevitablemente, provocaría la pérdida de equilibrio del federal y su caída a manos del adversario..

Si llegó a soltarse de la presa de Marty Duff, pero fracasó estrepitosa e inesperadamente en su llave, puesto que Duff no sólo resistió a pie firme la embestida, con una habilísima contra llave, sino ésta, a su vez, cogió desprevenido al agresor de Ishima, rompiendo su equilibrio, haciéndole presa en la cintura y derribándole estrepitosamente de bruces.

Cuando quiso levantarse, las rodillas de Duff le impedían todo movimiento y sus manos le aferraron el cuello, en tanto le advertía con voz sorda:

—Te equivocaste conmigo, amiguito. Conozco el judo mejor que tú. Y no apesto a alcohol como tú. Ahora explicarás a la policía lo que estabas haciendo.

Unos pasos suaves se acercaron a él. Levantó los ojos, encontrándose con los oscuros y almendrados ojos de Ishima, risueñamente fijos en él.

—No se moleste señor—pidió en suavísimo inglés—. No merece la pena, puede creermelo. Es un cliente del local y, sin duda, está ebrio. Basta notar cómo huele a alcohol..

—Estaba molestándola soezmente, señorita —respondió Duff—. Obraría igual si fuese un compatriota mío.

—Y yo le creo, señor. Pero te ruego que no avise a la policía por este incidente. El local no quiere escándalos y yo tampoco. Ya ha recibido su escarmiento. Déjele partir y olvidemos el asunto. Creo que es lo más prudente, señor...

—Está bien. Usted lo ha decidido —se incorporó Duff, sin abandonar la vigilancia del fornido japonés vencido a sus pies. Le avisó con dureza—: ¡Vamos, ya has oído a la joven! Es más generosa de lo que merecen los tipos como tú. ¡Largo, en seguida...!

No intentó nuevas proezas. Como un perro apaleado, incorporó su ancha figura chaparra y corrió, sin volverse una sola vez, hasta desaparecer tras la cortina de acceso a la sala.

—Usted ha debutado para sustituir a Greta Ingerman, ¿no es

cierto? —demandó Masón.

—Sí —ella le miró ahora con curiosidad—. ¿Ustedes la buscan a ella tal vez?

—En cierto modo, sí—apoyó Duff—. Pero nos alegramos de que no esté. Usted vale mucho más en un escenario. Y en cualquier parte, señorita Yoko.

—Gracias —ella enrojeció levemente—. Resulta extraño que se exprese así a no ser que esté diciendo cumplidos.

—¿Por qué?

—Todos los que gustaban de ver a Greta Ingerman, se sienten decepcionados cuando yo actúo. Ella..., bueno, ustedes ya saben lo que era ella.

Duff afirmó, con gesto pensativo. Y Masón hizo un desafortunado comentario:

—¿Han observado? Hablamos de la sueca como si ya estuviese muerta...

La japonesa se estremeció, ensombreciéndose su faz. Luego, murmuró:

—Por Dios, no digan eso. Resulta... horrible.

—Disculpe a sir Gallahad —refunfuñó Marty, dando un codazo a su camarada—. Nunca supo ser buen diplomático. ¿Usted conocía a Greta Ingerman?

—La traté un poco, cuando intentaba colocarme aquí. Sé que ella no aceptó que yo interviniera en el mismo programa que ella, pese al deseo del señor Ikeda en ese sentido.

—¿Y quedó fuera?

—Sí —la japonesa sonrió—. No era nada especial. Una artista siempre está más habituada a vivir parada que trabajando. Un tropiezo más no agota nuestra paciencia.

—Aun así, le resultaba horrible pensar que ella hubiera podido morir.

—Sí. Es... por el mensaje.

—¿El mensaje? —Duff se puso rígido, cambiando una mirada rápida con su amigo—. ¿Qué mensaje?

—Tal vez no debí hablarles de esto, señores —ella se mordió el labio inferior—. Bien, gracias por todo. Debo cambiarme para mi próxima actuación. Ya he perdido demasiado tiempo.

—Espere —Duff la atrajo, cruzándose ante ella. Sacó algo de su

americana que mostró ante los ojos de la joven—. Vea esto, ¿quiere?

—FBI Policía Federal... americana —abrió mucho los ojos—. ¿Son policías?

—Sí. Y no hacemos turismo en Tokio, señorita Yoko. Estamos colaborando con la policía japonesa en un asunto. Relacionado con Greta Ingerman.

—Imagino cual es. La prensa no habla de otra cosa —suspiró la joven—. ¿Por eso están hoy aquí?

—Sí, por eso estamos aquí. Usted ha hablado de un mensaje. ¿A qué se refería?

—Oh, nada de particular. Sin duda, es la broma de mal gusto de un loco. Ya que se lo he citado, y son policías, vengan a mi camerino y lo verán. No le he concedido gran importancia, esa es la verdad. Fue la broma de su amigo la que me hizo pensar en ello, con cierta inquietud.

No añadió más la artista japonesa. Duff y Masón, con una mirada de intriga entre sí, escoltaron a la joven oriental hasta el camerino donde una estrella plateada indicaba su condición de vedette del programa.

Entraron. El camerino era como el de cualquier otro local y cualquier otra artista: tocador, espejo, luces alrededor, cosméticos, pinturas, trajes colgados, biombo y ese indefinible olor de todo lugar teatral. Un olor que a Duff le gustaba.

Había flores en el centro del cuarto. Un amplío, polícromo ramo, envuelto en celofana rosada. Ishima fue en derecha a aquel ramo y desprendió algo de él. Lo tendió a Marty Duff con decisión. —Lea esto —pidió.

El federal tomó la tarjeta que ella le tendía. Estaba dentro de un sobre con un solo nombre escrito a máquina: "ISHIMA YOKO".

Extrajo el rectángulo de cartulina. Era como una tarjeta de visita, pero en blanco. Sin embargo, no tenía impresión alguna. Aparecía escrito a máquina por una cara, y sin firma:

"Greta Ingerman ha muerto. Usted vive por ella. Pero si también muere, aquí tiene algo para su tumba: flores".

—Es deplorable—se irritó Howard Masón—. Un chiflado o un morbosos escribió eso.

—Puede ser en sentido figurado simplemente —terció Duff—.

Nos consta que no es precisamente porque haya muerto, por lo que Greta no aparece. Pero algún secreto admirador suyo la evoca como a algo muerto. En cierto modo, la admira también a usted, señorita Yoko, pero la odia por recordarle a Greta —explicó Duff, pensativo—. Y vierte su rencor y sus retorcidos complejos en ese obsequio y esa fea dedicatoria.

—Sí, a veces, hay gente así en los clubs nocturnos—se estremeció Ishima, inclinando tímidamente sus rasgados ojos hacia el suelo—. Podría ser el que me agredió...

—Podría serlo. O tal vez no. La clase de tipos que escriben cosas así, no reaccionan con violencia. Al menos, no como aquél lo hizo. Pero uno nunca sabe nada del cerebro humano y sus reacciones, esa es la verdad.

—Eh, Marty mira esto —le avisó súbitamente Masón—. En la celofana...

Se acercó Duff a su compañero. Contempló lo que él señalaba. Era un pequeño sello plateado, apenas visible en la celofana que se arrollaba en torno a los tallos de las flores. Duff pidió la ayuda de Ishima, porque eran caracteres» japoneses.

—"Jardín en Flor" —leyó ella—. Es una floristería importante, en Taito-ku, Asakusa, aquí, en Tokio.

—Iremos a ver esa floristería —prometió Duff. Quizá sepan algo.

—¿Por qué van a ayudarme? Eso no entra en su tarea;

—No —sonrió Duff—. Pero recuerde que soy su "Sir Lancelot". Mi nombre es Marty Duff. Sin embargo, "Sir Lancelot" suena mejor, ¿no cree?

—Sí. Para mí, siempre será Sir Lancelot —Prometió ella—. Y gracias por todo...

Poco después, abandonaban el camerino de la joven artista nipona. Ya en el exterior, Duff buscó con la mirada al hombre que agrediera a Ishima.

No le vio por parte alguna. Sin embargo, su aguda mirada se centró en la única mesa de la pista vacía. Una mesa donde aún se veía un vaso mediado de licor y una botella de soda sin empezar.

Rápidamente, tuvo una idea. Se acercó al camarero japonés que servía aquella zona del Dragón. Le introdujo entre los dedos un billete de diez dólares. Y añadió:

—Soy amigo del señor Ikeda. Necesito saber quién es el hombre

que ocupaba esa mesa. Era bajo, fornido, e iba algo bebido, ¿no es cierto?

—Sí, señor —afirmó el camarero—. Se fue inesperadamente, pero dejó el importe de su consumición en la mesa. No lo he vuelto a ver.

—¿Es cliente habitual aquí?

—No lo era hasta hace poco. Últimamente, le he visto algunas veces.

—¿Cuando trabajaba Greta Ingerman?

—Los últimos días de actuación de ella, seguro que él vino aquí. Lo sé bien, porque después, Greta Ingerman salió a beber en su mesa. Y no lo hacía con frecuencia.

—Pero usted no sabe cuál es su nombre, ¿verdad?

—No, no. Oh, espere... —el camarero japonés hizo un gesto de viveza—. Sí creo recordarlo... Ella, la Ingerman, le llamó..., le llamó Mizuno, mientras yo le servía.

Duff y Masón se dirigieron a la salida del Dragón, silenciosos y pensativos. Digiriendo la noticia recién escuchada.

Una vez en la acera, mojada y brillante como un espejo que reflejaba las luces de la tarde que comenzaban a salpicar la gran capital japonesa, Duff se paró, con las manos en los bolsillos. Volviéndose hacia su compañero y comentó:

—De modo que nuestro hombre conocía a la Ingerman. Por tanto, también debía conocer a Steve Gordon.

—En su declaración dice que nunca le vio antes de aquella noche, en el automóvil parado cerca del templo... —corroboró Howard Masón.

—Eso anula su testimonio radicalmente —suspiró Duff—. Kenko Mizuno no puede servir ya de testigo contra Steve Gordon. Es evidente que mintió... Ahora, será el famoso testigo de cargo de Steve el que tendrá que explicar muchas cosas a la policía...

CAPÍTULO V

EL edificio del apartamento Kintai, en el centro urbano de Marunouchi, era digno del lugar en que se hallaba y de la ciudad a que pertenecía.

Mientras Masón discutía el asunto con Juichiro, él visitaba el edificio de apartamentos donde había residido Greta. Quizá allí hubiera otro eslabón suelto.

La policía de Tokio había visitado el edificio ciertamente, sin hallar nada positivo. Pero también habían visitado el Dragón, y el dato revelador sobre Mizuno, les había pasado desapercibido. La suerte podía repetirse allí.

En la lista de nombres y apartamentos del vestíbulo, halló el correspondiente a Greta Ingerman: el 672, en el piso sexto.

Mostró al conserje su credencial y la carta de autorización extendida por la policía de Tokio, para la investigación de los agentes del Federal Bureau norteamericano en el Japón, por convenido con la Interpol.

El empleado con un inglés fluido, demostrando que el idioma era poco menos que oficial entre los japoneses, se apresuró a atenderles. Poco después, Marty Duff abrió la puerta del apartamento, que perteneciera a Greta Ingerman hasta su desaparición.

Una vez dentro, encendió la luz, y cerró la hoja de madera pulimentada y bruñida, con las cifras en metal cromado. Pisó el apartamento, con curiosidad.

Contempló aquel alarde de lujo oriental, adaptado a los gustos y comodidades del occidental, pero sin perder su colorido y estilo japonés, un poco sofisticado, pero inconfundible en líneas generales.

Marty Duff lo recorrió todo con calma. El vestuario de Greta estaba virtualmente íntegro en los armarios de puertas corredizas en pergamino y napa.

También las hileras de zapatos, los cosméticos... e incluso las joyas en una arqueta cerrada que sólo agitó, sin poder abrir. Dentro, repiqueteó el oro y las gemas preciosas.

Todo ello mostraba precintos de la policía local. No era fácil que el joyero contuviera las Siete Lágrimas de Buda. Duff se limitaba a escudriñar las pertenencias en el piso de Greta.

Pasó al cuarto de baño. Pulcro, pequeño y gracioso. Con una reducida pileta reproducción de una típica piscina japonesa. Baldosas verdes y beige. Péneles decorados con graciosas, estilizadas "gheisas" puramente funcionales, en actitudes típicas de baño.

Enarcó las cejas Duff. Se acercó a un pequeño soporte verde, bajo un juego de espejos bien iluminados. Vio encima un vaso de vidrio azul, con los cepillos dentales de cristalina empuñadura.

Un tubo de crema dental, un depilatorio, un frasquito de desodorante. Abrió uno de los espejos, que abría un armario empotrado.

Jabón cremas hidratantes, pomadas y masajes. Todos con etiquetas que no eran japonesas ni suecas. Ni americanas.

Las examinó con cuidado. Eran alemanas.

Sus dedos se movieron hacia una barra de "rouge": "Naranja Sideral", de Osaka. El único producto japonés en el armario. Pensativo, cerró de nuevo el armario.

Se retiró del cuarto de baño, regresando al living semi-oriental. Una serie de ideas inconexas brincaban en su mente. Parecían a punto de ligarse, como sierpes de un sueño fantástico o líneas ondulantes de una visión abstracta.

De pronto, se rompieron todas. Se dispersaron en mil fragmentos, y terminó el sueño, se acabó la abstracción mental. Se hizo el vacío.

Y en el vacío súbito, únicamente quedó una voz:

—No se mueva, señor americano. O le mataré.

Y un rostro: un rostro color oliva, de ojos almendrados.

Y además de todo eso, un arma. Una Luger provista de silenciador, apuntándole a la cabeza.

Se miraron con expresión calculadora. Ambos hombres parecían encontrarse de visita en una casa ajena. Sólo había un detalle ominoso que hacía la escena tensa y poco amistosa: La Luger de cañón prolongado por el cilindro silenciador.

—Hola —saludó fríamente Duff—. ¿También a usted le dieron llave del apartamento?

—Sí —el otro rió, hundiendo su zurda en la chaqueta sport, color marrón oscuro. Cuando volvió a extraerla, agitaba en ella un llavín plano, plateado—. Esta es la llave del piso.

—¿La ha utilizado?

—No —el oriental pestañeó velozmente—. ¿Cómo lo supo?

—Hay corriente. No la había cuando yo entré en el baño.

Debió penetrar por la galería. Desde otro piso, ¿verdad?

—Usted es muy listo. O cree que lo es —los ojos orientales se tornaron, peligrosos y fríos—. ¿Para qué querría entonces esta llave? Es del apartamento 672, no lo dude.

—No lo dudo. Usted tiene la llave. Pero no la usó —Duff se apoyó con indolencia en un panel de plástico imitando papel japonés—. ¿Por qué?

—Adivínelo —rió el japonés—. Si es tan listo...

—Lo adivinaré—suspiró el federal—. Hará que me duela la cabeza. No puede cruzar el vestíbulo. Le conocen en la casa. Debe ser amigo de Greta Ingerman.

El nuevo pestañeo acusó su impacto. Había vuelto a dar en el blanco.

—Sigue siendo listo —agitó un poco la Luger silenciosa—. Lástima que eso dificulte las cosas. ¿No ha pensado que saber demasiado es siempre arriesgado?

—Lo he pensado. ¿Qué puedo hacer para evitarlo?

—No dejar que su imaginación corra tanto. ¿Qué ha venido a buscar aquí?

—A Greta Ingerman.

—¿La encontró bajo de alguna baldosa?

—No. Pero puede que termine por dar con ella. Ya sé algo más de la "sueca ardiente".

—¿De veras? ¿Qué sabe?

—No es sueca.

—¿Eh?

—Debe ser alemana. O vivió en Alemania. —Otra vez se pasó de listo. Es alemana de nacimiento. Se crió en Suecia. Y amó a Alemania por encima de todo. —Creo que entiendo —silabeó Duff—. ¿Nazi?

—¡Sí! Como todo alemán que ama a su país.

—Ya. ¿Y usted?

—¡Yo no cuento! —se irritó el japonés—. ¡Hablamos de Greta Ingerman!

—Usted también cuenta. Y muchos como usted. Alemanes o japoneses. Es de los que aún no se han declarado vencidos. De los que todavía creen que Hitler y Tojo podían haber sido grandes adalides de la Humanidad, ¿no es cierto?

—¡Sí, sí! —aulló el japonés, moviéndose hacia él. Inesperadamente, le pegó con el cañón del arma en la boca—. ¡Ello hubieran creado un mundo mejor!

Duff reculó, sintiendo que le corría un líquido salobre por los labios cortados por el metal del arma.

El momento de flaqueza, lo aprovechó el oriental para quitarle con presteza el revólver reglamentario de su funda sobaquera. Ya desarmado, Duff se encogió ante el arma del japonés, asestada a su vientre.

—¿No va a disparar ya? —le retó con voz sorda.

—No he dicho que vaya a hacerlo —replicó el oriental—. Pero lo haré si me da motivos para ello, americano.

—¿Aun sin armas en mi poder haría eso?

—Los leales al Eje que no retroceden ante la muerte. Y menos, la de un yanqui.

—El Eje... —Marty Duff rió con tono ronco—. Suena a cosa vieja, a pasada... ¿No cree que eso murió ya hace años, en un bunker de Berlín, en Hiroshima en Roma?

—¡No! Las grandes ideas nunca mueren. Sobreviven a sus hombres, a su época y a su propia obra si ésta se derrumba. Así es nuestra idea. Un día volverá el Eje Berlín-Tokio. ¡Seremos nuevamente el máximo poder mundial, americano!

Era un fanático. Un loco peligroso, con el veneno del nazismo y del sistema totalitario de Hideki Tojo en las venas. Marty Duff sabía lo virulenta que podía ser esa especie, movida por gente

que supiera sacar partido de su demencia idealista.

El mundo entero lo sabía, sólo con retroceder a los tiempos del Nacional Socialismo de Adolfo Hitler, Hermann Goebbels, Borman y los demás. Por entonces, también el Japón había conocido el chispazo funesto, en una mecha prendida por un puñado de dirigentes ciegos ante la realidad.

Aquello parecía ya superado, olvidado. A veces, uno descubría que no era así. Como ahora...

—¿Cómo espera iniciar la grandeza de nuevo, Mikado? ¿Matándome a mí? —preguntó Duff.

—Posiblemente. Usted es un policía americano, un federal. ¿A cuántos de los nuestros mataron ustedes?

—Yo era muy joven para pegar tiros, amigo. Mi padre lo hizo por mí. Y cayó en Guadalcanal. Yo no les guardo rencor por eso. Era la guerra. Esto de ahora es distinto. Estamos en la paz. Una paz ganada a fuerza de sangre. No debe haber odios.

—¡Hay odios! ¡Y hay guerra, yanqui! "Nuestra guerra"...

—La guerra de Greta Ingerman y de cuatro amigos japoneses y algún otro alemán —recito Duff, despectivo—. ¿A eso le llama guerra?

—Somos muchos. Y organizados, Duff. Obtendremos medios, dinero, amigos aliados. Volveremos a la gran época en que el mundo buscaba algo mejor de lo que tiene...

—Y seguiremos sin encontrarlo. Está loco. Usted y los que piensan como usted. ¿Acaso Greta robó para eso las Lágrimas de Buda? ¿Para obtener fondos para su nueva guerra?

—¡Sí! —aulló el japonés, fanatizado, moviéndose hacia él con tal violencia, que el federal se dobló, con el vientre agujonado por el cañón de la Luger—. ¡Para eso actuó Greta! ¡Ella lucha por la causa del Nuevo Eje! ¡Y el nuevo Eje triunfará! ¡Dispone de cinco millones de dólares, federal! Es el principio...

—¿Cómo sacarán las piedras del país? —se burló Marty—. ¿Lo cree fácil?

—Será fácil. La Organización lo logrará.

—¿Y para decirme todo eso ha venido aquí a sorprenderme? Su manía me aburre.

—Pronto dejará de aburrirse. ¿Sabe por qué estoy aquí, yanqui?

—¿Cómo voy a saberlo? Si sigue siendo charlatán, quizá me

entero.

—Si sigo siendo charlatán... usted morirá. Será ejecutado por el nuevo Eje Berlín—Tokio —silabeó el japonés—. Tenemos oculta a Greta. Pero esta noche, ella vendrá aquí, con el jefe.

¿El jefe?

—Sí, El mariscal del Nuevo Eje —recitó el oriental con altiva sumisión fanática—. El decidirá su suerte, yanqui. Acomódese del mejor modo posible. Vamos a esperar. No tardará mucho en llegar...

Marty se sentía asombrado por la audacia de aquellos fanáticos que se iban a reunir en la misma vivienda de Greta Ingerman, la mujer desaparecida, la más buscada de Tokio en aquellos momentos. Asombrado, e inquieto.

El puñado de locos así, dispuestos a instaurar un nuevo movimiento nazi, eran capaces de cualquier cosa. Incluso de robar las Lágrimas de Buda, matar al monje budista... y matarle a él, un hombre del FBI.

Iba a esperar, sí. Pero no como suponía su enemigo. De jugarse la vida, ello sería ahora. Cuando aún existía alguna probabilidad favorable.

Duff dirigió una súbita mirada centelleante a espaldas del japonés. Pero inmediatamente desvió los ojos, con disimulo. Una voz o un aviso, hubieran sido un sistema ingenuo, una trampa en la que el nipón no hubiera caído. Aquello era más sutil.

Y el hombre cayó en el cepo. Rápido, silabeó: —Eh, ¿qué sucede?

Se volvió vivamente, escudriñando a sus espaldas. Duff

levantó entonces su mano armada al disparar hacia arriba la pierna flexionada, en un rodillazo tremendo, que hizo subir la Luger casi vertical, al tiempo que él encogía cuanto le era posible el abdomen, para dejarle paso libre.

Pudo haber recibido un disparo mortal pero no fue así. La bala disparada con un simple taponazo similar al champaña, silbó hacia el techo del apartamento. El japonés juró enfurecido buscándole de nuevo para apretar el gatillo por segunda vez.

Ahora, contundentemente, conectó un mazazo a la sien derecha del oriental, y otro rodillazo brutal a su estómago. Tosió, doblándose angustiado. Duff juntó sus manos macizas y las conectó

en sentido vertical ascendente, alcanzando su mentón.

Disparado por la contundencia del golpe, el japonés se dobló, jadeante. Duff le arrancó con celeridad el arma. Le apuntó, silabeando:

—Y ahora soy yo quien da órdenes. Estese quieto y explíqueme qué es lo que pretendían con... ¡Espere! ¡No se mueva o disparo!

Era como si el japonés supiera de antemano que el americano no dispararía, a no ser que se viese en peligro. Rehecho a duras penas, corría en zigzag hacia el fondo de la sala, con intenciones que él ignoraba.

¡No lo haga! —avisó, al ver que iba hacia la abierta galería! — ¡Si trata de escapar, le volaré la cabeza, estúpido!

El oriental no le obedeció. Su carrera le llevaba ya a la galería. Duff, hizo fuego. La bala, con seco "ploc", rasgó un papel y quebró luego ásperamente, un vidrio de la galería.

No se detuvo por eso. Se encaramó a la abertura asomada a la ciudad en la noche, a las luces rutilantes de Tokio, que eran como un fabuloso telón de fondo del drama en el apartamento de Greta Ingerman.

¡Alto! ¡Alto! ¡Alto, o tiro a dar! —rugió Duff.

Se había encaramado con simiesca agilidad, y parecía medir su salto hacia la galería contigua, a su izquierda.

Luego, de súbito, cuando ya Marty y Duff apretaba el gatillo sin contemplaciones varió trágicamente de trayectoria. Resuelta, premeditadamente.

La bala de Duff le alcanzó en una pierna. Pero entonces, ya estaba en zambullida escalofriante "hacia adelante". Esto es, al abismo urbano...

Silbó su cuerpo, hendiendo el aire, cayendo a plomo hacia la calle. Duff corrió, en postrer esfuerzo, para asomarse al hueco. Llegó antes el japonés.

Oyó el choque sordo, estremecedor, allá abajo. Luego, un frenazo que le puso los pelos de punta. Un grito de mujer, silbatos de la policía de tráfico...

* * *

La ambulancia se perdió en el Tokio lluvioso, con su ululante estridencia y el centelleo de aviso de su faro rojo.

Juichiro Kato sepultó las manos en su impermeable oscuro, con aire reflexivo. Era la segunda vez en poco tiempo que asistía a una escena parecida.

Sólo que la vez anterior el que iba en la ambulancia era un infortunado monje de la religión budista sintoísta. Ahora, un fanático político de un sistema situado fuera de la ley en el Japón. Quizá también un criminal.

—Corrió un gran peligro —dijo simplemente, volviéndose hacia Marty Duff, que refería lo sucedido a su compañero Masón, llegado al edificio en compañía del inspector nipón—. Esa clase de gente no vacila en matar y cree que con ello sirve a una idea justa y magnífica.

—Sé que me hubiera matado —suspiró Marty—. Por eso tuve que jugármelo todo a una carta. Lo lamentable es que su jefe no se haya presentado...

—Ni se presentará —aseguró Juichiro Kato, gravemente, entornando los ojos tras los cristales espejeantes de sus gafas—. Quien quiera que sea, no correrá riesgos. Tendría esto vigilado. Y al caer su agente habrá sido advertido para que no acuda.

—Es muy probable, sí —Duff miró al policía japonés, preguntando—. ¿Va a soltar ahora a Steve, inspector?

—¿Soltarle? No, ¿Por qué? Aún no hay pruebas de su inocencia.

—¿Le parece poco todo esto? Falso testimonio en Kenzo Mizumo, la confesión de un fanático, que asegura que el Nuevo Eje robó los diamantes de Buda...

—Eso sólo lo ha oído usted. No dudo de su palabra, pero necesito algo más evidente. Y en cuanto a Mizumo... no; falta dar con él y comprobar si realmente mintió.

—Creo que el caso está claro ahora —terció Masón ceñudo—. Greta Ingerman complicó adrede a Steve para desviar sospechas de la organización nazi a la que pertenece ella, y mientras ustedes procesan a mi amigo, los diamantes saldrán del país para ser desmenuzados y vendidos, aunque sea perdiendo parte de su valor, en el mercado mundial, Así recaudarán fondos para su acción política.

—Es una teoría fantástica. Todo eso me huele a novelaría barata, señores —suspiró Juichiro Kato—. No puedo admitir que exista una organización de ese tipo y que piensen seriamente en obtener algo

por esas piedras. La Interpol, la Intercontinental de Diamantes y toda una serie de organismos policiales y de seguridad están sobre aviso.

—Sin embargo, convenga conmigo en que cortados y pulidos de nuevo, con otro facetado y montaje, podrían pasar con relativa facilidad.

—Todo eso requiere tiempo y dinero. Y estoy seguro de que las "lágrimas" de Buda aún no han salido del país.

—Tal vez tenga razón. Sin embargo, ¿puede seguir siendo sospechoso Gordon en estos momentos?

—Hará falta alguna evidencia más para soltarlo. Créame que lo siento, pero yo no puedo compartir su fe en Gordon ni tampoco la ley japonesa. Necesitamos algo más que el clásico "él es incapaz de algo así".

—¿Y no lo hay?

—Sólo sugerido. Pueden haber sido engañados. Pero si yo confirmo eso, estén seguros de que el americano será puesto en libertad de inmediato.

Marty Duff paseó por el departamento lujoso de Greta Ingerman con aire preocupado. Comprendía las razones frías y desapasionadas del policía japonés, pero ello no dejaba de enfurecerle.

Estaba seguro ahora de que Gordon era ajeno a aquella trama siniestra planeada y ejecutada desde la sombra por Greta Ingerman y sus amigos. Pero, como decía Juichiro, hace falta algo más que una íntima seguridad.

Se detuvo en la galería abierta. Había dejado de llover. El nublado sobre Tokio parecía irse rasgando en muchos puntos y las estrellas asomaban tras los jirones de nubes.

Contempló el vacío, por donde se escabullera el cuerpo del fanático hacia la muerte en el asfalto. Tal como había llegado el intruso, se fue. Pero definitivamente.

Quedose contemplando la inmediata galería en sombras. De pronto, se volvió a Masón y Juichiro. Le brillaban los ojos.

—Inspector, ¿quién vive aquí al lado, en el apartamento vecino?

—¿Eh? —el policía contempló con extrañeza al federal—. ¿Por qué pregunta eso?

—El fanático entró por ahí. Y pasó de galería a galería. Debía tener una llave del apartamento vecino. Pero también tenía una de

éste. Sin embargo prefirió pasar de galería a galería. ¿Por qué?

—El aceptó que le conocían en el vestíbulo y no quería ser visto.

—Eso quiere decir que el apartamento vecino pertenece a otro acceso.

—Sí. La residencia Kintai tiene tres puertas por cada fachada. ¿No lo ha advertido?

—Claro. Espere un momento a que aclaremos eso.

Descolgó el teléfono y llamó a la centralita. Habló en japonés un rato. Luego esperó, tabaleando sobre el receptor telefónico color rosa. Reanudó la charla tras una pausa, sonrió, dando las gracias ceremoniosamente y luego colgó de forma definitiva.

Se puso a limpiar los cristales de sus gafas. Eso demostraba su excitación. Duff y Masón no le perdían de vista, esperando que hablase.

Les sorprendió ver que, de súbito, se ponía las gafas y volviéndose a ellos, decía con voz firme:

—Vengan. ¿Alguno de ustedes se ve capaz de saltar a esa galería sin riesgo?

—Claro. Los dos —rió Masón—. Hemos dado saltos más difíciles, inspector.

—Entonces salten conmigo los dos o uno de ustedes. Así ganaremos tiempo. Me han dicho que este apartamento es el último del ala correspondiente a la puerta utilizada. El vecino corresponde a la entrada inmediata del edificio.

—¿Y por qué vamos a saltar? Es un allanamiento, inspector —sonrió Duff—. ¿O tiene ya permiso para hacerlo?

—No he tenido tiempo de pedirlo —sonrió también el japonés, irónico—. Visitaremos ese apartamento porque en la conserjería inmediata me han dicho que está arrendado a nombre de Kenko Mizuno.

Duff y Masón no perdieron más tiempo en preguntar. Aquello dio alas a los pies salvaron la distancia entre ambas galerías, a seis pisos de altura sobre la calle, con pasmosa facilidad.

También demostró ser ágil y seguro Juichiro Kato, pese a su menor estatura. La galería les ofreció su panel de vidrio abierto. Pasaron al apartamento en sombras. Hallaron la luz y la prendieron.

No tuvieron que andar mucho. Fue en el baño, gemelo del de Greta Ingerman, donde lo hallaron.

Estaba en la pileta de mosaicos verdes y crema. Flotando en agua rojiza, en un baño sangriento. Duff se inclinó y rozó con sus dedos el agua. Aún estaba tibia.

—¿Suicidio? —Gruñó Juichiro—. Es poco doloroso cortarse las venas en un baño de agua caliente. Una muerte dulce y rápida...

—Los suicidas se cortan las muñecas, no el cuello de oreja —replicó Duff, contemplando el cuerpo flotante del hombre, desangrado, lívido de un extraño color de cera, con el tremendo tajo bajo sus mandíbulas, hendiéndole la nuez.

—Sí; es cierto —suspiró el policía—. Y menos aún depositan la navaja con que se degollaron en el borde de la pileta...

Era cierto. Los federales contemplaron la hoja de acero de una navaja de afeitar sobre el borde de mosaicos de la pileta. La sangre se había secado, copiosa, sobre la afilada pieza cortante.

—Supongo que le conoce, ¿no?, señor Duff —preguntó Juichiro con calma.

—Sí, le conozco —asintió Marty con voz tensa—. Esta misma noche me peleé con él en el Dragón por causa de una muchacha japonesa. Es Kenko Mizuno, el testigo de cargo contra Steve Gordon...

CAPÍTULO VI

EL rostro del preso reflejaba cierta esperanza, cuando preguntó:
—¿De veras creéis en una inmediata libertad?

—Estoy seguro, Steve —afirmó Howard Masón, con tono pletórico de convicción.

-No tienen otro remedio que ponerle en libertad, Gordon —terció Marty—. Se ha hallado el cadáver del principal testigo que existía contra usted: Kenko Mizuno, cuyo testimonio de haberle visto en su coche cerca del templo budista, a la hora aproximada del robo, era fundamental para la acusación. Se sabe que ha sido muerto recientemente, puesto que yo luché con él a primera hora del atardecer de hoy. Así que eso indica la existencia de una trampa contra usted. Alguien ha temido que Mizuno hablase de más en otro sentido y le han eliminado. Se va a probar que conocía a Greta Ingerman y que pudo planear con ella el robo. Ahora todo consiste en hallar al que todos consideramos el elemento fundamental de este misterio.

—¿Greta?

—Sí, ella. Es la que le complicó en este enredo robándole sus cigarrillos y cejando los rastros acusatorios en su apartamento. De cualquier modo es cuestión de horas que esté suelto, Gordon. Simple rutina burocrática y todo esto.

—Gracias, amigos —Gordon extendió cuanto pudo sus manos contra la tela metálica que le separaba de los dos federales en la sala de recepción de la cárcel de Tokio—. Gracias a ti, Howard, amigo. Y a usted también, Duff, gracias también.

Desvió luego sus ojos hacia Claire Leighton, risueña junto a los dos jóvenes federales. En sus miradas hubo una intensidad mayor al encontrarse.

—¿Qué decirte a ti, querida? —susurró Steve—. Has sido tan comprensiva conmigo...

—Olvidalo —musitó Claire—. Lo importante ahora es sacarte de aquí. Y cuanto antes. Yo he olvidado ya todo lo que no me resultaba agradable.

—Te prometo que nunca más veré a Greta Ingerman. Nunca, Claire. Cuando abandone este lugar no habrá más devaneos. La lección ha sido bastante dura.

—Espero que así sea, querido. Por tu bien más bien que por otra cosa. Las mujeres como Greta sólo traen complicaciones. ¿Qué hubiera sucedido ahora, de no ser por el FBI y la voluntad de la Policía local de apurar la búsqueda de indicios que puedan serle favorables, Steve? Todo por culpa de esa mujer endiablada, a la que parece haberse tragado la tierra...

—Yo..., yo no podía imaginar algo así —se excusó Gordon, sombrío—. Greta me fascinó. Era una mujer absorbente, sensual, todo atractivo físico.

—Lo recuerdo bien, Steve —ella le miraba con fijeza, profundamente—. ¿Qué te sucedió para volver a las andadas con esa mujer?

—Yo..., yo no podía esperar encontrarla allí precisamente.

—¿En Osaka?

—Sí, Claire. Te aseguro que estaba allí cuando llegué.

—Sé que volvisteis juntos. Lo supe entonces, ¿recuerdas? Pero siempre pensé que todo era obra tuya, que la citaste en la ciudad y...

—No, Claire. Te equivocaste —suspiró Steve—. Me encontré con ella en Osaka. Greta sabía que me encontraría allí y le divirtió la escena.

—Claro, querido —sonrió ella suavemente, inclinando la cabeza—. Lo sé muy bien. No te esfuerces más. Te creo...

—Gracias, Claire, mi vida —Gordon apretó los labios con fuerza, sus ojos brillaron vivaces y se volvió lentamente a los dos federales, que escuchaban en silencio la conversación entre ambos prometidos—. Bien, amigos. Su visita me ha traído una esperanza renovada. Espero que pronto esté en la calle y pueda darles el abrazo que merecen...

—No te tortures más, muchacho —rió alentador Howard Masón

—. Pronto saldrás de la jaula. Ahí terminarán tus tribulaciones, pero no las nuestras.

—¿Qué quieres decir?

—Demostrar tu inocencia será tan sólo la primera parte del misterio esclarecido. Pero la segunda quedara latente con sus dos interrogantes, que ahora ya son tres: ¿quién robó los diamantes y mató al monje budista? ¿Dónde están ahora las "lágrimas" de Buda? Y, por último... ¿quién degolló con una navaja de afeitar de fabricación japonesa a Kenko Mizuno?

—Si pudiera yo responder a esas preguntas... —suspiró Gordon.

—Si pudieras responder a esas preguntas, Steve, sólo podría ser dos cosas en el mundo —rió huecamente Marty Duff—: Un brujo... o el asesino. Como usted no puede ser ninguna de las dos cosas tiene que seguir ¡a búsqueda. Espero que Buda nos ayude a recuperar sus "lágrimas"...

* * *

Walter Owens, además de director de la Interpress Agency era jefe de la Asociación de Corresponsales Extranjeros en Tokio.

En este último lugar le visitó Marty Duff aquel día, en tanto que Howard Masón partía en dirección opuesta para iniciar la búsqueda apremiante en pos de la desaparecida Greta Ingerman, la sueca fantasma.

Owens era un hombre macizo, cordial y lleno de jovialidad contagiosa. Saludó con gran entusiasmo a Duff, al saber que estaba en Tokio para ayudar a Steve Gordon a salir de su grave embrollo.

—Sí. Claire Leighton ya me habló de ustedes—declaró con gran energía, obligando a Duff a acomodarse en la sala de recepción del Círculo de Corresponsales Extranjeros y casi forzándole a aceptar un whisky con soda y hielo—. Están haciendo una gran labor ayudando a las autoridades japonesas, por lo que he podido saber.

—Una labor que no será completa en tanto no aparezcan las piedras robadas y devolviendo así el honor a un compatriota envuelto en las sospechas del escándalo. Por eso he venido a verle, señor Owens.

—¿A mí? No me explico por qué, señor Duff. ¿Cree que puedo ayudarle?

—Posiblemente, sí. No por su cargo oficial, sino como amigo de

Gordon. Creo que visitó con cierta frecuencia su apartamento en recepciones y fiestas, ¿no es cierto?

—Lo sé. ¿Adónde va a parar?

—A esto, señor Owens. Es sencillamente una pregunta, aunque quizá encierre en sí algunas más. ¿Alguna vez coincidió con Greta Ingerman en una de esas fiestas?

—Pues..., sí —Owens pareció molesto al admitir esto—. No se lo he dicho nunca a Claire. Ya comprenderá que ella trabajó bajo mis órdenes y es novia de Gordon. No me gustaría provocar problemas sentimentales entre mis compañeros de tarea.

—¿Qué impresión personal sacó de Greta Ingerman?

—Sería difícil responder a eso —meditó Owens. Me pareció siempre un cuerpo muy hermoso, con muy poca cabeza para controlarlo.

—Los hechos desmienten esa impresión, señor Owens.

—Ya lo sé. Por eso le dije que era difícil responder. Yo nunca la vi más que como una hembra magnífica, casi animal. Tal vez interpretaba un papel y muy hábilmente. Parecía una perfecta estúpida, capaz de todo ante unos pantalones y un libro de cheques.

—Evidentemente, obró de forma contraria a esa opinión. Eso quiere decir que estamos ante una mujer muy lista. ¿Se ha dado cuenta de que hallaron en el apartamento de Gordon virutas de bronce, rastro del robo de los diamantes religiosos?

—Sí. Y ya comprendo que tuvo que ser alguien de confianza quien introdujo eso en la casa. Steve Gordon sería incapaz de un delito así ni de nada deshonesto.

—Lo sé. La Policía de Tokio se equivocó en eso. Y usted se equivocó en juzgar a Greta Ingerman —sonrió Duff, gravemente—. ¿Lo ve, señor Owens? Todos podemos equivocarnos.

—Lo admito, sí. Un criterio personal tiene poco valor a la hora de las realidades. Pero dígame, señor Duff, ¿adónde quiere ir a parar concretamente?

—A la verdad.

—¿Qué verdad?

—La única posible. La que ponga las cosas en su sitio. Es difícil de encontrar. Y yo ni siquiera conozco a los personajes del drama. He de deducirlo todo a través de los demás... De todos ustedes, que conocieron a las criaturas de este pequeño teatrillo. Con máscaras o

sin ellas, pero las conocieron. Por eso me guió...

—Tiene gracia su símil —rió Owens, incorporándose, ya que Duff también lo había hecho y parecía a punto de abandonar la estancia—. Teatro y máscaras... ¿Ha oído hablar del "drama Noh"?

Duff enarcó las cejas. Miró a Owens y asintió despacio.

—Sé algo del Japón. Es una representación con recitados rítmicos de textos y melodías clásicas japonesas, procedentes casi todos de los siglos XIV y XV. Es una especie de concepción simple y llena de símbolos, una derivación popular de los dramas líricos religiosos del sintoísmo.

—Admirable —sonrió Owens—. Sabe usted mucho del Japón. Eso es la representación de los "dramas Noh". Pero se olvidó de un pequeño detalle de gran valor simbólico y representativo en la pantomima: las máscaras con que los actores principales sugieren el carácter de su personaje. Todos llevan máscaras. Como en la vida, taquillas, dos entradas, dos anuncios distintos. ¡Claro! ¡Eso es!

—¿Qué dice? —se sorprendió Owens.

—Máscaras en escena... Teatro japonés—Duff, excitado, fue hacia la salida. Ya cerca de ella se volvió un instante a Owens y le hizo una pregunta desconcertante—: ¿Cuál es la inmediata combinación para ir a Osaka?

—¿A Osaka? —Owens parpadeó, lleno de perplejidad—. Bueno, hay aviones... pero no saldrá ya ninguna hasta esta noche... Hay el Tokaido Line, el ferrocarril eléctrico especial, que sale cuatro veces al día de ambas ciudades y une Tokio-Osaka en un máximo de seis horas. Tenga en cuenta que son 590 kilómetros. Dentro de un par de horas sale uno con destino a Osaka y puede tomarlo. Pero no entiendo lo que...

—Sería largo de explicar —sonrió Duff, ya con la mano en el pomo de la puerta—. Pero sepa que, de subido, he sentido deseos de ver el teatro típico del país como un turista cualquiera, señor Owens...

El jefe de corresponsales extranjeros en Tokio se quedó inmóvil, viéndole salir de allí tras aquella desconcertante aclaración.

CAPÍTULO VII

UN viaje casi relámpago, en un ferrocarril ultramoderno, vertiginoso y sensacional, como todo adelanto industrial o técnico en el país del gran milagro moderno.

Luego, Osaka.

Osaka, la segunda ciudad del Japón. Tres millones de habitantes. En la desembocadura del río Yodo, ante la bahía de Osaka. Con su red de canales atravesando las populosas, cosmopolitas calles.

Recordaba lo que citara Steve Gordon como de pasada: Teatro Torii.

Quizá no existía.

Por fin, lo halló.

Se detuvo ante él. Era un teatrillo insignificante, de roja fachada, grandes carteles verdes, redactados en inglés y japonés. Tenía dos puertas. Dos taquillas, dos entradas, dos anuncios distintos.

Uno rezaba: "Teatro Torii. El más antiguo de Osaka. ¡Asista a la gran función de "Bunraku" o teatro de muñecas! ¡Lujoso e increíble!" El otro: "Teatro Torii. Único en Osaka que da dos funciones simultáneas. ¡Vea la magia rítmica del "Drama Noh"!"

Duff, naturalmente, sabía qué puerta y qué taquilla elegir. Tomó un boleto para una localidad en el segundo local. Entró.

Poco después, era un espectador más, fascinado por la exquisita estilización y ritmo melodioso de la representación teatral, con su ingenuidad y belleza, con el juego de los escenarios simbólicos, de los personajes enmascarados y la acción mímica o. bailada con increíble gracia, por unos actores que eran grandes bailarines, mimos consumados y figuras de una agilidad pasmosa, elástica y delicada.

La musiquilla tenue, de cuerda y percusión metálica, tintineante,

formaban el fondo de la representación remota, adaptada con muy pocas variedades a la actualidad.

Duff presenció la obra, ayudándose con el folleto redactado en inglés que entregaban con la localidad a todo turista, hasta el segundo entreacto.

Entonces salió a fumar un cigarrillo al vestíbulo. No volvió a la platea. En vez de eso se dirigió a una puerta lateral, en la que se leía: "Entrada al escenario. No pasar."

Pasó. Marty Duff era un desobediente a veces. Avanzó por un pasillo angosto, hasta las cortinas de terciopelo y seda roja que formaban la embocadura del escenario.

Se estaban disponiendo las luces, y un grupo de actores, con las máscaras aún en la mano, se disponían a situarse en el escenario. Duff escudriñó los rostros aceitunados, de oblicuas facciones y aceitoso pelo negro.

Los japoneses le miraron entre curiosos y sorprendidos. Alguien le dijo algo en japonés, con ademanes vivos, y Duff no le hizo el menor caso.

Pasó junto a los actores, y su indiferencia les impresionó, hasta el punto de que no le hicieron pregunta alguna y le dejaron continuar.

El agente federal americano buscaba a uno de los enmascarados, un bailarín de sexo indefinido, alto y elástico, de largas piernas enfundadas en blancas medias, bajo el kimono negro. Representaba en la obra el papel de Espíritu Maligno, con una espantable máscara blanca y oro, de demoníaca expresión y grandes tocados dorados en lo alto.

No estaba entre los que iban a salir a escena. Duff busco por entre bastidores. Tampoco descubrió figura alguna que pudiera ser el alto bailarín de la máscara de los grandes ojos diabólicos y la mueca perversa.

Marty Duff entró en la última de las cámaras. De nuevo a la luz de las bombillas del tocador, descubrió el espejo, las máscaras colgadas, los kimonos...

Se iba a retirar ya, cuando advirtió el kimono rojo en el suelo. Como si alguien lo hubiera tirado descuidadamente, más allá de la puerta entreabierta. Abrió del todo.

El kimono rojo estaba allí. Pero también la máscara diabólica. Y

las medias blancas, y las piernas del bailarín...

Yacía en el suelo. Inerte. Una empuñadura de marfil tallado, con motivos orientales, asomaba del pecho, sobre la -seda del kimono. La sangre se confundía con el escarlata de la prenda de vestir, amplia y arrugada.

Duff lanzó una furiosa imprecación. Corrió hacia el caído. Descubrió el kimono rasgado, quizá en una lucha brusca y feroz. Un pecho potente, voluminoso y erguido, asomaba por la rasgadura. El pezón estaba enrojecido por salpicaduras de sangre del otro seno.

Ya había encontrado a Greta Ingerman, la "sueca ardiente". Pero estaba fría. Muy fría. Al menos simbólicamente. Como en la pantomima.

Porque al rozar Duff su seno desnudo con la yema de los dedos, descubrió su calidez. Hacía muy poco que la habían asesinado.

De pronto, Duff tuvo conciencia de que hacía "demasiado" poco. Y el asesino "no podía haber escapado aún de allí".

Se volvió en redondo, con un veloz movimiento de su mano hacia la empuñadura de su arma. Ya extraía el revólver reglamentario de los agentes especiales del FBI en servicio cuando se encaró al personaje grotesco que tenía a sus espaldas.

Era como un kimono flotante, de absurdo color púrpura con dragones verdes y amarillos. Y encima, rematando la figura grotesca, una de aquellas máscaras japonesas, artísticas y engañosas. Con una falsa risa suave, con un ilógico gesto risueño y dulce, tallado en la madera policromada...

Detrás, el ignorado rostro de un asesino. Y en la mano enguantada, que volaba hacia él cuando todavía ni siquiera había completado su vuelta ni extraído el arma, un objeto contundente, macizo: un damasquinado de abigarradas fibras de oro y plata, engarzadas sobre acero negro. Un objeto típico japonés, que los turistas acostumbran a llevarse de "souvenir"...

La figura damasquinada cayó pesadamente contra su parietal derecho. Le dio de lleno, con golpe seco. Duff jadeó, sintiendo el estallido de millones de luces parpadeantes y cegadoras en su cráneo. Este pareció resquebrajarse, y flotó en la nada, en la oscuridad...

Luego, se hundió. Total, absolutamente.

* * *

—Creí que se sentía feliz. —¿Por qué lo ha creído?

—Bueno, todos los diarios de Tokio hablan de lo mismo. Usted es el personaje del día. El bravo americano que ha logrado poner en libertad a su compatriota, acusado injustamente. Lo dicen todos los periódicos. ¿No los ha leído?

—No sé japonés —gruñó Marty Duff, malhumorado—. Sólo he leído las ediciones inglesas. Y no me gustaron.

—¿Por qué no? —sonrió Ishima Yoko, divertida.

—Hablan de un héroe. ¿Usted cree que un héroe se deja pegar por un criminal escondido a sus espaldas, ni encuentra a su personaje muerto, por sólo unos instantes de retraso? Oh, no, señorita Yoko. He sido un estúpido. Un completo estúpido. Alguien corrió más que yo.

—Pero su amigo americano ya está libre... ¿No vino a lograr eso?

—Es una parte de la tarea. Confieso que lo logré, sí. Pero me ayudaron los demás. Hay alguien que ha perdido la serenidad y actúa precipitadamente, sembrando el camino de muertos. Como dijo mi compañero Masón, puede que la sangre termine por ahogarnos. O por ahogar al que la derrama.

—Es horrible —se estremeció Ishima—. Pero usted no tuvo la culpa de que los demás supieran también dónde se ocultaba Greta Ingerman.

—Es lo que dicen todos. Pero nadie lo cree. Ni siquiera yo.

—¿Aparecieron las Lágrimas de Buda?

—No. Esas piedras son la razón de todo esto, lo que mueve a los asesinos. Greta era el personaje malvado del drama... hasta que apareció muerta.

—¿No lo era en realidad?

—No lo sé. Sólo sé que se ocultó. Por algo lo haría. Y se ocultó donde tenía amigos: en el teatrillo de Osaka. Es un buen escondite. Sólo le ven a uno el Kimono y la máscara. Pero alguien vio igual que yo: Greta era más alta que todos sus compañeros. Aún con máscara era fácil de identificar.

—¿Por qué no olvida eso? —pidió Ishima—. Apoyó una mano pequeña y suave sobre la suya, extendiendo el brazo sobre la mesa del club nocturno—. Creí que había vuelto al Dragón a celebrar su

popularidad. Y veo que desde que llegó a Osaka, en vez de celebrar la libertad de su compatriota, está de peor humor que nunca...

—Perdone. No tengo derecho a aguarle la fiesta, señorita Yoko —pidió Marty—. Lo cierto es que he venido a Tokio muy decaído. Y no sólo por el dolor de cabeza que resultó del golpe, sino por la sensación de fracaso que experimento. Creía tocar ya el final de este enredo con las manos... y, de repente, se me va definitivamente. No sabía qué hacer, hasta que pensé en usted y resolví venir a verla. Creo que es como un sedante. Mientras actuaba, me he sentido mejor de lo que nunca estuve.

—Gracias. En su actual situación, eso es muy halagador, señor Duff. ¿Y su compañero Masón?

—Celebrando la fiesta con Steve Gordon y Claire Leighton. Les dije que venía aquí; no tardarán en reunirse conmigo.

—Bien. No sé si sabrá que tengo media hora libre, hasta mi próxima actuación. Y el reglamento de la casa, no me prohíbe bailar —sonrió ella con dulzura muy japonesa.

—De acuerdo. ¿A qué estamos esperando, entonces? —Duff se levantó y la llevó hacia la pista—. Perdone por no habérselo pedido yo. Ya le dije que estoy muy mal esta noche. Hace falta estarlo para no prestarle a usted toda la atención.

No diga eso —rió la japonesita suavemente, apoyando una mano en su hombro y bailando con grácil facilidad sobre la pista—. Aparte de la lesión en la frente, le encuentro magníficamente. Quizá el clima del Japón le siente bien...

—Quizá —pero la convicción de Duff en ese sentido no parecía excesiva. Tras una pausa, que llenó de música suave y el roce de sus pies en la pista bruñida, el joven federal comentó—: ¿Han vuelto a molestarla con flores y frases de mal gusto?

—No —ella se estremeció. Duff notó bajo sus dedos la vibración de la carne firme y cálida de la muchacha—. Pero ahora, muerta Greta Ingerman..., ¿no tiene aquello un sentido mucho más siniestro, señor Duff?

—Quisiera tranquilizarla diciéndole que no. Pero no debo hacerlo. Viva alerta, no confíe en nadie. Aunque eso no quiere decir forzosamente que se torture con temores imaginarios. Simplemente, sea realista.

—Lo soy, señor Duff —sonrió ella amistosamente—. No me

acobardo fácilmente. Pero tampoco me confío.

—Nunca hubiera creído que lo fuese tanto. Una criatura como usted da la impresión de algo etéreo, bien lejos de la realidad.

—Eso suena muy bonito —suspiró Ishima, reclinándose en el ancho hombro de Marty—. Pero vivo con los pies en el suelo, no entre nubes. Los japoneses somos poéticos y a la vez prácticos, ¿comprende?

—Sí. Por eso están donde están —Duff respiró fuerte—. ¿Sabía que Greta Ingerman no era sueca, sino alemana y que pertenecía a una organización política secreta, radicada en Japón y en Alemania, que pretende resucitar el Eje Berlín-Tokio, bajo la bandera del nazismo?

—Cielos, no —ella le miró con sus deliciosos, almendrados, ojos muy abiertos—. ¿Cómo es eso posible?

—No lo sé. Hay gente disconforme siempre con la marcha de las cosas en el mundo. Y pretenden resucitar viejos horrores: el "ghetto" de Varsovia, Belsen y Auschwitz, las matanzas en Manila, Hiroshima y Nagasaki, con sus legiones de muertos... Para eso quieren las Lágrimas de Buda. Diamantes manchados ya con sangre. Diamantes que, de salir del país y no ser hallados por la Interpol antes de que los corten y den nuevo facetado, significa dinero. Dinero para matar, para provocar sabotajes, terrorismo, otros robos, crímenes...

—¿Cree en serio que podrán lograrlo?

—No se puede decir nada. Parecen un puñado de fanáticos. Pero Hitler empezó así. Y ya ve hasta dónde llegó. Su influencia incluso alteró la vida de este país. Posiblemente se queden en eso. Pero harán mucho daño, Ishima. Yo he avisado ya a mi Oficina Federal de Washington. En los Estados Unidos, estarán alertas a reprimir cualquier peligro de este tipo. Al FBI le corresponde velar por la seguridad nacional.

—¿Por qué me cuenta a mí todas esas cosas, señor Duff? —indagó, curiosa, la japonesita.

—Quisiera saberlo. La verdad es que me agrada hablar con usted, contarle mis cosas.

—¿No ha pensado que yo podría ser uno de esos fanáticos peligrosos, bajo una máscara de ingenuidad? —sonrió Ishima.

—Sí —confesó Duff—. Lo pienso de todo el mundo.

Últimamente, tengo cierta obsesión sobre máscaras que representan lo contrario de la realidad. Greta Ingerman llevaba la faz del -Mal cuando alguien le clavó un estilete japonés en el pecho. Y, cosa curiosa, su asesino lucía el rostro bondadoso de un personaje simpático. ¿Ve como uno no puede fiarse de los rostros de las personas? También pueden ser máscaras de ese gran "drama Noh" que es la vida y el mundo.

—Para su tranquilidad, le diré que soy tal como aparento. Aunque quizá no me crea.

—La creo, sí. No sé por qué..., pero la creo —sonrió Marty—. Ha de tener usted algo especial, Ishima, para ganarse así la confianza de un viejo zorro del FBI. Tenemos fama de desconfiados y hoscos.

—Yo no puedo pensar igual. Usted y su amigo son simpáticos y cordiales. Me gustan los dos.

—¿Los dos?

-Sí.

—Oh, no. Adiós esperanzas. Si sólo le hubiera gustado uno...

—Como miembros del FBI —rió Ishima.

—¿Y... como persona desligada a su cargo federal?

—No puedo juzgar —se evadió ella. Le miró con ojos risueños, brillantes—. De todos modos, señor Duff, no olvide una cosa: ustedes son americanos. Yo, japonesa.

—¿Y qué?

—En su país, creo que es un problema el amor entre seres de otra raza.

—Hasta cierto punto —admitió Duff—. Pero a mí nunca me ha preocupado eso. Soy yo quien debe juzgar. Y jamás tuve prejuicios.

—¿Y su amigo Howard Masón?

—Ni irá a decirme que es él quien...

—No digo nada —rió de buena gana Ishima—. Sólo preguntaba. ¿No sabe que el "suspense" es lo que mantiene la ilusión de la incertidumbre?

—No me gustaría tener incertidumbre sobre ciertas cosas —Duff la miró fijamente—. ¿Sabe una cosa? Me gusta usted. Creo que, incluso, empiezo a estar enamorado.

Ishima boqueó ante la noticia, frunciendo deliciosamente sus cálidos labios rojos. Pestañeó, enrojando levemente bajo el tenue maquillaje pálido.

Luego, de pronto, tiró hacia sí de Duff. Con tal violencia que le hizo perder el equilibrio, y ambos rodaron por la pista, entre la confusión de otras parejas.

Algo sibilante hendió en el aire sobre Duff y la japonesa, al tocar éstos el suelo. Una forma aguda zumbó hasta morir en el pecho de un camarero japonés.

El grito ronco de éste avisó al aturdido Marty de que el objeto no era inofensivo ni mucho menos. Luego, la chaqueta del camarero se empapó de rojo, horrible y densamente, en torno al vibrante mango de un dardo complicado, con figuras japonesas en su remate, asomando del torso del infortunado servidor del Dragón.

Si Ishima no le hubiera derribado a tiempo, el dardo estaría clavado ahora en el pecho del agente federal Marty Duff.

CAPÍTULO VIII

LA mirada de Duff, tras el desconcierto fugaz del primer instante, voló hacia sus espaldas, al punto adonde Ishima miraba, por encima de su hombro, en el momento del mortífero y silencioso disparo.

—¡Allí, allí! Junto a la salida, Duff..., tras la cortina roja —oyó jadear a la japonesa, en tanto el choque sordo del cuerpo del infortunado camarero, derrumbándose de bruces, ponía una nota escalofriante a la dramática escena.

Duff se incorporó de un salto, corriendo agazapado entre las mesas. La música había cesado, y la gente se replegaba, gritando en plena confusión.

Algunos hombres, empleados y clientes corrían a rodear al camarero caído. Alguien pedía un médico, con voz chirriante, al advertir el reguero escarlata que corría bajo el cuerpo abatido.

El hombre del FBI voló a grandes zancadas hacia la salida. Una figura furtiva, menuda y agilísima, se precipitaba ya como una flecha hacia el corredor encristalado y rutilante que daba acceso al interior del Dragón desde la calle.

Duff estaba seguro de que se trataba de un japonés, pequeño y delgado, de siniestra celeridad en sus movimientos. Pero no podría verle la cara. Sólo la cabeza, de oscuro pelo liso, y el traje también oscuro.

Iba a serle difícil darle alcance, porque el asesino le llevaba mucha delantera. Ante el Dragón paró un automóvil, y el portero, de suntuoso kimono escarlata, orlado de arrogantes dragones verdes, comenzaba a abrirla portezuela.

¡Cuidado! —avisó Duff—. ¡Es un asesino...!

El portero giraba la cabeza al llamar al federal. El movimiento

de una mano del velocísimo corredor, señaló su acción de esgrimir algún arma. Duff desenfundó su pistola aunque sabía que era peligroso hacer fuego. Otras vidas peligrarían.

Entonces descubrió a los que bajaban del coche Reconoció a Steve Gordon, Claire Leighton y a Howard Masón.

Ellos también habían advertido que algo anómalo sucedía. Howard captó en el acto la situación. De un empujón apartó a sus amigos y llevó la mano vertiginosamente a su funda sobaquera.

—¡Apartaos! —rugió Masón.

Luego, apuntó al fugitivo, que se encogió al verse cercado. El primer disparo que sonó brotó del arma del japonés fugitivo. Masón se encogió bruscamente, y Duff supo que le había alcanzado. Rabioso, levantó el revólver.

No hizo falta. Ya Masón, pese a la herida, levantaba su arma y hacía fuego dos veces, sin contemplación alguna.

El menudo corredor se dobló, con un espasmo, y rebotó contra un muro de espejo color caramelo, que agrietó con su cabeza. Soltó la automática Luger que esgrimía. Se llevó las manos crispadas al estómago perforado.

Rodó a los pies de Duff, que llegaba ya a su altura, y que no tuvo que intervenir, porque las convulsiones del caído señalaban la vecindad de la muerte.

En vez de ocuparse del fugitivo, que era realmente un oriental, saltó sobre éste y corrió junto a Howard Masón. El federal, apoyado en el automóvil de Steve Gordon, recibía ya la ayuda de éste y de Claire.

Un agujero oscuro, a la altura de su hombro izquierdo, dejaba fluir sangre negruzca, que manchaba su americana sport.

* * *

—Una celebración echada a perder —suspiró Masón, reclinándose en el coche de Steve Gordon, tras la cura practicada en el hospital de Tokio adonde fuera conducido.

El propio médico le autorizó a salir del establecimiento, para alojarse en casa de Gordon, atendido por Claire y Steve.

—¿No será un poco violento para su reputación, Claire? —rió

Marty Duff, que se había reunido con ellos en el hospital, y también iba en el automóvil—. Convivir en casa de su prometido...

—Oh, Marty, ni siquiera pudimos darte la noticia, tan precipitadas fueron las cosas que desde que nos vimos en el Dragón —gimió Howard—. Steve y Claire se casaron hoy mismo. Yo fui su padrino, muchacho. Íbamos a contárselo al club, cuando ocurrió todo aquello.

—Mi enhorabuena, muchachos —saludó Duff a ambos, con un cordial apretón de manos—. Es lo más estupendo que he oído últimamente. Pero una luna de miel con Howard Masón en casa, herido y renqueante...

—¡Eh, no tolero ese lenguaje despectivo! —soltó Masón, entre risas—. Puedo estar herido por aquel cochino bribón, pero nada de renqueante. Y prometo no molestar a los novios más que lo imprescindible. Cuando nos vayamos, tendrán tiempo de vivir fauces y solitos...

—¿Cuándo os vayáis? —suspiró Claire—. Sólo Dios sabe cuándo será eso, Howard. El caso sigue embrollado, ¿no?

—Por supuesto —admitió Duff, ceñudo—. Los diamantes no aparecen, y los asesinos de Greta tampoco. Han intentado esta noche asesinarme a mí, y el inspector Juichiro confiesa que esto está cada vez peor. Se sospecha que un tal Shinzo Doke Y Duff supo que le había alcanzado. Rabioso, levantó el revólver, siquiera se sabe dónde puede hallarse el tal Doke, ni cuál es su identidad real, porque Juichiro tiene fundamentos para suponer que el nombre es falso y encubre a alguna persona conocida socialmente en Tokio. Se están efectuando investigaciones, pero sin resultado.

—¿Por qué creéis que mataron a Greta? —preguntó Claire.

—Por los diamantes de Buda, por supuesto —suspiró Duff—. Sólo que no sé si ella los tenía y traicionó a los suyos, huyendo con la fortuna hasta ser capturada..., o si ¡os culpables la utilizaron a ella como instrumento para acumular sospechas sobre un extranjero, en este caso Steve, y después engañarla, dejándola sin su parte y asesinandola. Todo consiste en saber si Greta se ocultó por miedo o por ambición.

—¿Los amigos de ella en el teatro de Osaka no han hablado? —terció Gordon.

—Dicen no saber nada. Sólo que Greta apeló a su amistad para

ocultarse allí. Ella conocía las pantomimas del estilo Not, y pudo formar parte de la compañía. Ahí terminan sus conocimientos del caso.

—Cielos, Duff, fue fantástico que por mis recuerdos de aquel viaje a Osaka, usted dedujera que podía ser el escondite de Greta...

—Las máscaras me dieron la idea. Son un buen medio de ocultar a alguien. Especialmente si nadie piensa en buscar a una sueca o alemana entre mimos orientales.

—Pero alguien corrió más en sus deducciones —silabeó Claire, sombría.

—Ese fue el mal —afirmó Duff—. Si yo llego antes..., ahora sabría la verdad. Greta era la clave, estoy seguro. Ella. lo sabía todo. Por eso ha muerto. Como Mizuno.

—Hemos llegado —anunció Gordon, frenando el automóvil—. ¿Se queda usted también en casa por esta noche, Duff?

—No, gracias -negó él—. Vuelvo al Dragón. Juichiro Kato está allí esperándome, y vamos a iniciar algunas averiguaciones más. También quiero saber si el camarero vive todavía. De no ser porque Ishima me apartó a mí, él no hubiera sufrido daño.

—Pero tú estarías muerto —resopló Masón—. Le debes la vida a la japonesita, ¿eh?

—De sobra lo sé —asintió Duff—. Bien, amigos, buenas noches. Cuídate, Masón.

—Nosotros le cuidaremos.

—Diablo, Marty, preferiría ir contigo a deambular por ahí —gruñó Howard Masón, contemplando con pesar la rutilante madrugada de Tokio—. Me gusta la noche y me gusta ir a donde tú vayas, Duff.

—Ahora no puedes hacerlo. Has perdido sangre y debes reponerte. Claire, cuide usted de que no haga ninguna barbaridad y abandone el piso. Es muy capaz de hacerlo.

—Descuide, Duff —sonrió Steve—. Yo usaré mano dura si es preciso.

Claire, con su portafolio de ostentosas iniciales cromadas en una mano y el brazo de Masón en la otra, sujetándole con firmeza, caminó hacia la casa, en tanto Gordon cerraba el coche.

—¿Sabe una cosa, Duff? —rió Claire, con aire divertido—. Me da la impresión de que me he casado con Masón en vez de con

Steve.

Todos rieron de buen grado. Duff hizo una seña a un taxi que pasaba, y agitando la mano alegremente saltó al coche de alquiler, dándole la dirección del Dragón.

Ahora estaba tranquilo. Si Howard no hacía alguna tontería, estaba en buenas manos. Y él tenía mucho trabajo que hacer por los dos. Se había quedado momentáneamente solo en Tokio, frente al misterio de las "lágrimas" de Buda.

Y frente a los asesinos emboscados en la noche de la gran urbe de Oriente.

* * *

Juichiro Kato comprobó con un seco golpe el funcionamiento de su pistola automática. Luego, la guardó serenamente en el bolsillo de su sobretodo oscuro. Y comenzó su imperturbable tarea de limpiar las gafas con toda parsimonia.

—¿Viene a la cacería, Duff? —preguntó escuetamente.

Marty asintió con un movimiento de cabeza. Aplastó el cigarrillo en un cenicero de laca, sobre las fauces de un dragón esmaltado en amarillo, verde y oro.

Exhaló el humo azulado por sus fosas nasales, sin dejar de contemplar los febriles, pero silenciosos, preparativos de los agentes del inspector japonés en el Departamento de Contrabando y Valores del Estado de la Policía de Tokio.

—Sabe que no me lo perdería por nada del mundo —bostezó, recordando confusamente que llevaba dos noches sin dormir apenas. Y su reloj de pulsera le indicó ahora que eran casi las cinco de la mañana—. Pero, ¿dará resultado?

—Lo dará —dijo, con sencillez, pero impresionante seguridad Juichiro Kato, volviendo a situar sus gafas sobre la recta nariz, como una barrera centelleante entre sus agudos ojos y su interlocutor americano—. Tiene que darlo, Duff.

—¿Por qué está tan seguro de eso? Hasta ahora parece haberse movido en tinieblas.

—¿Ha leído alguna vez el "Génesis"? —sonrió el japonés.

—Vaya—suspiró Duff—. ¿Y usted me lo pregunta?

—Ya sabe lo que ocurrió, Dios dijo: "Hágase la luz. Y la luz se hizo"... Eso ocurría en el principio del tiempo. Yo no soy Dios; pero tampoco esto es el principio del tiempo. Después de una eternidad de sombras, se ha hecho la luz.

—Me gustaría saber cómo.

—No hay tiempo de contarle ahora. Venga conmigo. Se lo referiré por el camino.

—¿El camino hacia dónde?

—A la Nippon Okura Industrial.

—¿Qué es eso? —demandó Duff, siguiendo ya al inspector Kato por el corredor de la Jefatura.

—Una gran empresa industrial, en las afueras de Tokio. Allí trabajaba Kenko Mizuno. Ahora, identificaremos el hombre muerto en el Dragón. El que disparó el dardo contra usted ha resultado ser Taro Isodo, otro trabajador de la misma empresa. Esa coincidencia me ha extrañado. He obtenido datos de la empresa. El fanático que se mató saltando por la galería del apartamento de Greta también era empleado de la Nippon Okura. Y asimismo Shinzo Doke.

—¡Shinzo Doke! ¿No dijo que era el probable dirigente de los fanáticos en Tokio?

—Eso es. Es hijo de un famoso líder político militar de la época de Tokio. A su padre le condenó a muerte la justicia de ocupación en el proceso contra criminales de guerra, pero él se hizo el "harakiri" antes de ser capturado.

—Entiendo —suspiró Duff—. Una vida al servicio del odio, ¿no es eso?

—Sí. Son los datos que tengo de Shinzo Doke, Duff. ¿Recuerda lo que le dije? En mi opinión era un nombre falso.

—Lo recuerdo.

—Bien. Me equivoqué —suspiró Juichiro Kato, mientras el automóvil de la Policía se ponía en marcha, haciendo ulular la sirena en la madrugada.

Otros coches, con agentes japoneses provistos de armas automáticas, partieron en pos de ellos.

—A veces, mi querido amigo, confundimos los términos y vemos las cosas como los demás quieren que las veamos, no como realmente son.

—Sí, a veces ocurre eso —Duff, ceñudo, contempló a Juichiro,

apaciblemente reclinado en el asiento del automóvil, a su lado.

—Shinzo Doke es el nombre auténtico de nuestro personaje. Sólo que él no utiliza ese nombre para mantener relaciones sociales y culturales en Tokio, como una doble identidad que le es muy provechosa.

—¿Una doble personalidad?

—Sí. Shinzo Doke, el posible cabecilla del movimiento nazi en el Japón, el cerebro del Nuevo Eje... es en la vida social Hosai Taito.

—Hosai Taito... Me suena ese nombre. Lo he oído antes de ahora...

—Tiene que haberlo oído. Hosai Taito es un joven muy culto, miembro destacado del Centro Cultural Occidentalista de Tokio, colaborando con su hermana Asaka, una bonita e inteligente joven que también coopera con él en la tarea. Ambos son muy amigos de Steve Gordon y de Claire Leighton y tienen fácil acceso a casa de Gordon. ¿Va entendiendo?

—Cielos, sí... Claire me habló una vez de ellos—recordó Marty—. De modo que tal vez no fue Greta quien preparó las pruebas acusatorias contra Steve Gordon...

—Mi impresión es de que Greta trabajaba de acuerdo con Hosai Taito o Shinzo Doke si lo prefiere. Y entre ambos prepararon la escena contra Gordon, ultimando todos los detalles. La culpabilidad de un extranjero, un americano en este caso, alejaría sospechas de la Policía japonesa con respecto a un movimiento político necesitado de fondos y les mantendría en una conveniente impunidad, permitiéndoles incluso ganar tiempo para desfigurar las piedras y sacarlas del país para su venta en los mercados de Europa o de los Estados Unidos.

—El FBI está avisado de esa posibilidad. Y a través de él, la Interpol lo comunicará a los demás países. Espero que podamos bloquear el camino de esas piedras.

—Yo también —suspiró Juichiro, apaciblemente—. Como espero que podamos bloquear a Shinzo Doke, el joven intelectual que pone su mente y su voluntad al servicio de una vieja causa envenenada...

—¿A estas horas vamos a poderlo encontrar en la Nippon Okura Industrial?

—Sí —rió huecamente Juichiro.

CAPÍTULO IX

LOS automóviles se situaron estratégicamente en torno a la gran planta industrial de la Nippon Okura. Las armas a la gran planta industrial de la Nippon Okura. Las de la Policía japonesa habían silenciado a los porteros y guardianes de noche y la exhibición de las credenciales de Juichiro tranquilizaron a los empleados.

—Sólo queremos rodear la planta destinada a producción y talla de diamantes industriales—informó Juichiro—. En el mayor silencio y sin ser advertidos.

Lo lograron con facilidad. Juichiro sabía que probablemente algunos de los empleados era miembro de la misma organización que Doke, pero los policías, con un control riguroso sobre cada uno, impedían que se movieran o que utilizaran teléfono alguno.

El cerco se completó en torno a un bloque de dos grandes cilindros anchísimos, de cuyas chimeneas brotaba el humo y el calor de los altos hornos eléctricos destinados a las tareas de investigación sobre piedras industriales artificiales y labores similares.

En medio de los hornos, hasta los que subían las escalerillas metálicas entre un bosque de vigas y soportes de hierro, un pabellón recubierto de metal aluminizado mostraba un rótulo prohibitivo, sobre una verja movida por ojos fotoeléctricos desde el interior: "Prohibida la entrada a toda persona no especializada".

Un empleado armado guardaba la entrada. Juichiro le mostró las credenciales. El otro dijo que abriría, pero accionando desde su cabina el sistema.

Un gesto veloz de Kato hizo mover su fusil ametrallador a un policía de uniforme que lo asestó sobre el funcionario sin contemplaciones.

—No quiero trucos —avisó fríamente Kato—. El que está dentro no debe saber que nos hallamos aquí, amigo. De modo que nada de llamadas o tiramos a matar.

El aviso impresionó al empleado, cuyo rostro oriental se tornó del color del papel de estraza. Sus movimientos fueron débiles forzados. La puerta metálica comenzó a abrirse silenciosamente, bajo el sistema eléctrico.

Luego, de súbito, el hombre tomó una determinación algo tardía. Corrió a una caja metálica adosada al muro de los mecanismos... y apoyó el dedo sobre un botón rojo.

En el acto, una luz roja comenzó a parpadear vivamente, y una sirena estruendosa retumbó en la noche, haciendo vibrar los muros aluminizados de los pabellones y hornos industriales.

Los policías dispararon sin contemplaciones sobre el empleado. La ráfaga de balas le lanzó contra el muro, quebrando una vidriera con sus manos crispadas, de las que escapó una pistola Luger, que había intentado alzar contra los policías.

Cayó bañado en sangre al pie de la verja metálica escalada por Juichiro, Duff y los demás agentes armados. Pero ya la alarma ponía en conmoción a toda la planta de la Nippon Okura Industrial.

Eso estropeaba todo el celo desplegado por las fuerzas de la ley. Juichiro, furioso, dio órdenes tajantes. Los hombres se emboscaron por doquier, cubriendo la zona con sus armas, en tanto que él, Duff y dos policías más corrían hacia el pabellón central, asaetado por las armas, y también ahora por los reflectores especiales de los automóviles de la Policía.

Cargaron sobre la puerta metálica de acceso, que cayó, acribillada la cerradura a balazos. Penetraron impetuosamente en el pabellón, subiendo con celeridad una escalera metálica. No advertían rastro alguno de ninguna persona por el momento.

Dos departamentos que allanaron les ofrecieron sus dependencias vacías, su silencio y abandono. La búsqueda prosiguió a lo largo de una nueva galería, en la que se abría un nuevo acceso al piso superior del pabellón especial.

Duff y Juichiro corrieron por ella arma en mano. Los policías les cubrían con sus fusiles ametralladores.

Fue al asomar a la galería superior cuando de improviso se quebró la quietud del lugar. Un arma hizo fuego. Duff y Juichiro se

tiraron rápidamente al suelo metálico vibrante.

Los policías replicaron al disparo con una rociada de balas. Los proyectiles rebotaron en el metal o se clavaron en las planchas más débiles.

El contrario no fue alcanzado; en vez de eso, pasó luego vertiginosamente, zambulléndose en una puerta que cerró tras de sí. Cuando los agentes de uniforme intentaron darle caza a tiros, fue él quien disparó.

Duff vio caer de bruces, con el cráneo destrozado, a uno de los policías japoneses. Una fría ira le dominó, lo mismo que a Juichiro, cuyo rostro se crispó ante la muerte de su subordinado.

—¡Vamos! —aulló—. ¡Hay que cazarlo como sea! ¡Y tiren a matar, no duden!

Duff corrió junto al elástico inspector japonés. Otros policías acudían en su apoyo ahora, pero ni Kato ni el federal parecían dispuestos a esperarlos para atacar al fugitivo. Alcanzaron la puerta metálica y la acribillaron a tiros en torno a la cerradura.

Colgó el pestillo, cedió la hoja de metal a sus embates y, aunque esta vez todos se cubrieron prudentemente, no hubo disparos. Arriba, lejos de allí, oyeron un batir sordo sobre escalones metálicos montados al aire.

Duff, con un escalofrío, se volvió a Juichiro. La idea le asaltó alarmante.

—¡Los hornos! ¡Intenta destruir los diamantes...!

Una imprecación de Kato reveló que entendía bien. Una elevada temperatura convertiría al más duro diamante en gas carbónico, ya que su materia era carbono puro, de fácil combustión, que volatizaría totalmente las piedras...

—¡Hay que evitarlo! —rugió Kato—. ¡Hay que detener a ese loco!

Duff asintió. Pero la distancia que les separaba del fugitivo era mucha. Demasiada, para sentirse optimista. Doke—o Taito— no tenía escapatoria posible.

Sería capturado o muerto. Pero cinco millones de dólares en piedras, las fabulosas "siete lágrimas de Buda", corrían peligro de evaporarse totalmente en los hornos...

Aceleró la carrera Duff, logrando rebasar a Juichiro. Se encaramó simiescamente por unos escalones metálicos montados al

aire que conducían desde la techumbre del pabellón central hacia el bosque de vigas metálicas de los grandes hornos industriales.

—¡No, no vaya usted! —chilló Juichiro—. ¡Esto es cosa mía, no vaya, federal...!

Marty no le hizo caso. Brincaba velozmente entre los tramos de metal. Cerca rebotaron dos balas, disparadas desde arriba.

La distancia se reducía. La ventaja del fugitivo era más y más corta. Duff era muy rápido en largas distancias.

Encogido, para ofrecer menos blanco, llegó a la primera galería de los soportes metálicos, y nuevos disparos maullaron no lejos de él.

Duff captó la forma huidiza, veloz, que corría ya hacia el último tramo de escalones que conducía a la plataforma circundante de uno de los grandes hornos.

Aceleró más aún la carrera, pero tuvo que tirarse al suelo cuando el otro disparó y la bala rebotó en la barandilla, a poca distancia de él.

Le hubiera seguido disparando de no ser que las armas de los policías japoneses abrieron fuego, y el fugitivo escapó como pudo del enjambre de proyectiles, subiendo con agilidad de mono hasta el último objetivo.

Duff voló materialmente, agazapado entre barras de metal y vigas, brincó por las escaleras finales en pos del contrario y llegó a la penúltima galería, que cruzó como un relámpago, alcanzando al fin la última escala, la que moría en la plataforma del horno.

El calor allí era intensísimo. La luz de flúor caía crudamente sobre el lugar. Duff subió sin vacilar. Llegó a la última escala...

Un disparo rebotó, abollando el metal, a pocas pulgadas de su rostro cuando asomó. Vio al joven japonés, sudoroso y lívido, iluminado por el ojo dantesco del interior del horno, con la puerta del mismo abierta, empuñando la pistola en una mano y una bolsita de piel en la otra, que agitó vivamente.

—¡Un paso más y me arrojaré con esto al horno! —avisó en inglés el joven a quien Duff veía por primera vez—. ¡Se lo aviso, federal! ¡Me tiraré ahí dentro y perderá su única oportunidad de descubrir la verdad!

—Tire el arma. Y tire esa bolsa, pero lejos del horno. O le mataré, Doke —silabeó Duff, incorporándose—. No me interesan las

verdades que usted cuente.

—¡No sea estúpido! ¡No entiende nada! ¡Será mejor que se largue y me deje hacer las cosas a mi modo! ¡Tengo que ajustar cuentas con quienes me engañaron y traicionaron! ¡Y lo haré, aunque tenga que escapar de aquí matándoles a todos!

Duff descubrió que, tras el horno otra escala descendía hacia la parte posterior de la factoría. Si Doke la utilizaba con rapidez, posiblemente lograra escabullirse del cerco policial. Duff comprendió que era lo que intentaba.

—Si dispara, lo haré yo también—avisó Duff, revólver en mano—. Entréguese. Es lo mejor.

—¡No! —aulló el japonés—. ¡El Nuevo Eje no se entrega!

Y quiso disparar. Duff iba a tirar, pero no hizo falta. Alguien lo hizo por él desde abajo. Crepitó una metralleta y boqueó Doke, sacudido por una docena de impactos. Chilló, tambaleándose al borde del horno.

—¡Imbéciles...! ¡No... saben... el... engaño...! —agitó su mano, crispada sobre la bolsa de diamantes, como si quisiera decir algo más.

El federal se movió hacia él al verle oscilar al borde del horno gigantesco. No llegó a tiempo. Su disparo hubiese herido de otra forma a Doke, pero los policías, al tenerle limpiamente a tiro, se habían adelantado fatalmente.

Las balas le empujaron hacia el infierno eléctrico que bullía a sus pies. Su debilitamiento mortal hizo el resto.

Pareció, con un impulso postrero, querer salvar la bolsita de las piedras. Duff saltó felinamente hacia ellas, porque por el cuerpo acribillado de Doke nada podía hacer ya.

No lo logró. La bolsita de piel se fue con él a la eternidad candente del horno. Se precipitó Doke en el fondo rojo, abrasador. Un chisporroteo, y nada más...

Duff cerró los ojos aturdido por la escena y el calor. La mano se le cerró en el aire. Luego, el tintineo en el suelo metálico atrajo su atención.

Se inclinó, abriendo los ojos. Vio el brillo en el suelo. Un fragmento pequeño, un vulgar diamante de uno o dos quilates. Lo tomó, pese a ello. Volvió a mirar al horno, y lentamente regresó junto a Juichiro Kato y los demás policías.

Al parecer, se había cerrado la aventura. El misterio de "Las Lágrimas de Buda" había tocado a su fin.

CAPÍTULO X

HOWARD Masón colgó el teléfono, atónito. Se volvió a Gordon y a Claire, que esperaban con impaciencia el final de la conferencia telefónica.

—Increíble... —musitó Masón—. Realmente increíble. Esperan a que yo esté inútil para resolver el misterio.

—¿Lo han resuelto? —la sorpresa de Gordon era lógica. Indagó con avidez—. ¿Han aparecido los diamantes?

—No —negó Masón—. Pero es como si los tuvieran en la mano. Sólo que se perdieron para siempre. El ladrón los arrojó a un horno industrial.

—Dios mío... —Claire sé mostró muy femenina en su exclamación—. ¡Una fortuna en piedras definitivamente desaparecida!

—Eso es —asintió Masón, sombrío—. Cinco millones volatilizados por el calor. Pobre Buda...

—¿Quién era el ladrón, Howard? —terció Gordon.

—Según me ha dicho ahora Marty, un joven japonés inconformista: Shinzo Doke. En realidad, tú lo conociste como Hosai Taito, miembro del Centro Cultural Occidental.

—¡Taito! ¡Oh, no! —los ojos de Gordon se dilataron enormemente—. No puede ser...

—Pues sí lo es. Llevaba una doble vida, una doble personalidad. La suya real era la de Shinzo Doke, hijo de un notorio personaje del Gobierno Tojo y fiel a las doctrinas dictatoriales de entonces como una herencia equívoca y penosa.

—Cielos, nunca lo hubiera creído... El inteligente, el culto, el afable Taito. Un amigo, un colaborador, un muchacho en quien yo confiaba, al que recibía en casa...

—Eso debe explicar lo ocurrido, Steve. Entre él, como jefe del Nuevo Eje, y Greta Ingerman, como agente suya, planearon el juego. Te hicieron caer en el cepo. Y después fueron incapaces de mantener el engaño porque la ambición de esa fortuna en piedras condujo a Taito o a Greta a la traición contra los otros.

—Eso cierra el caso —suspiró Claire—. Si lo celebro es, porque Steve será al fin un hombre libre de toda sombra de sospecha. Como tenía que ser...

—Os felicito, muchachos—dijo lentamente Masón—. Lo único que siento es que yo estuve ausente del último acto...

Steve Gordon miró al reloj con cansancio. Bostezó.

—Es tarde ya, Howard. Va a amanecer de un momento a otro. ¿Qué tal si dormimos?

—Bien —aceptó el federal, acordándose por primera vez de su hombro herido. Meneó la cabeza. Demonio de Duff; él siempre es oportuno en esas cosas...

Se retiró hacia el dormitorio que le habían preparado los flamantes esposos Gordon. Steve y ella fueron hacia otra habitación, calurosamente cogidas sus manos. —Hasta mañana, Howard.

—Hasta mañana. Y felicidades a los novios...

Sonrieron ellos. Ya iban a entrar en la habitación, cuando sonó el zumbador de la puerta de entrada al piso.

Se quedaron todos quietos, mirándose entre sí con extrañeza. Gordon, algo inquieto. Masón, curioso.

—Llamaron —dijo el federal.

—Sí. Llamaron —gruñó Steve—. ¿A las seis y media de la mañana?

—Es raro —comentó Masón, mirando el teléfono—. Duff no es. Me llamaba desde el despacho de Juichiro Kato, en la Jefatura.

—Entonces no tuvo tiempo de venir—Claire se mordió el labio preocupada. Pegó un respingo de alarma al repetirse la llamada—. ¿Esperas a alguien, Steve?

—No, no. A nadie, Claire. Y menos a esta hora.

—Bueno, habrá que abrir —señaló Masón. Y al repetirse la llamada, observó—: ¿No pensáis igual?

—Sí; hay que abrir—Gordon vaciló un momento. Luego, se volvió a su amigo—. Howard, tengo cierta prevención... ¿Puedes dejarme tu arma?

—Sí —sonrió Howard Masón. Le tendió su revólver—. Toma. Pero no pierdas la cabeza.

—Descuida. Creo que sé manejar un arma... y sé cuándo hacerlo —silabeó Steve—. Pero dadas las circunstancias por las que todos hemos pasado...

—Claro, Steve. Te entiendo muy bien. Ve en seguida.

Gordon cruzó el gabinete y el vestíbulo. Se detuvo ante la puerta del apartamento, cuando el timbre sonó de nuevo con su amortiguado zumbido.

—¿Quién es? —preguntó Steve serenamente, pero amartillando el revólver del federal.

—Yo, señor... Abra, por favor. ¡Es muy urgente! —sonó una voz dulce, suave, de inconfundible tono femenino—. Soy Ishima Yoko...

—Ishima Yoko... —reflexionó Gordon, ceñudo—. La chica *de* Dragón...

—Sí, la misma. Salvé esta noche la vida del señor Duff —insistió la voz de ella desde el otro lado—. Por favor, no tema nada. Ábrame o seré yo quien corra peligro. Lo que me trae aquí es grave. Muy grave. Tengo que ver a Duff...

—Él no está aquí—respondió Steve, sin abrir aún.

—Lo temía. Pero estará su amigo Masón, ¿verdad? —Sí, él sí está aquí. ¿Quiere verlo? —Se lo ruego. Es imprescindible que vea a uno cualquiera de ellos...

Steve Gordon no se fio aún. Estaba preocupado. Escudriñó por el diminuto orificio de la mirilla. Descubrió a la japonesita, parada ante la puerta. Sola, desamparada, inocente. Mirando a un lado y otro de la escalera, como medrosa.

Se resolvió. No creía que ella significara ningún nuevo peligro. Steve abrió la puerta. Ishima pasó rápidamente, mirando con cierto temor el revólver.

—¡Oh, gracias, gracias...! —susurró—. Y no necesita disparar..

Gordon sonrió forzosamente, bajando la mano armada.

—Disculpe —se excusó—. Esperaba cualquier visita menos una así. Venga. Masón no se ha acostado aún. La escuchará ahora.

—Sí, gracias... —echó a andar tras él. Cuando ya Steve cruzaba el umbral entre el recibidor y el gabinete, a Ishima se le cayó al suelo su chal adamascado, de figuras bordadas japonesas, tal era su nerviosismo. Se excusó—: Oh, un momento...

Tardó un par de segundos en seguir a Gordon, enrollándose el chal de seda. Venía muy pálida, como impresionada por algo.

Se detuvo un momento junto a la mesita donde reposaba la máquina portátil de Gordon, junto a los portafolios de él y de Claire. Apoyóse un momento en el mueble, bajo la mirada recelosa de Masón, de Claire y del propio Gordon.

—Buenas noches, señorita Yoko —saludó Howard, con agrado, procurando vencer sus recelos—. ¿O debo decirle "buenos días"? Es una gran sorpresa verla aquí, a estas horas.

—Lo imagino, señor Masón. Pero tengo que revelarle algo muy importante. Algo que he averiguado esta madrugada y que Duff debe saber cuándo antes —se expresó ella en su inglés dulzón, insegura y entrecortada—. Temí no encontrar a ninguno, pero me daba esperanzas el hecho de que Duff me dijo que usted venía a casa de los Gordon...

—Bien, muchacha —sonrió Howard—. Estos son Claire-y Steve Gordon, mis mejores amigos. Puedes hablar lo que quieras. Como si estuviéramos solos...

Ishima jugueteaba nerviosamente con los flecos dorados de su chal bordado, Como Incierta sobre lo que debía hacer o decir. Claire y Steve le sonreían animosos, lo mismo Que Howard.

Ese ambiente de confianza pareció darle alientos. Se inclinó hacia Howard y habló, a medio tono:

—¿Sabe una cosa, señor Masón? Tengo buenos amigos en las líneas aéreas japonesas, especialmente en el aeropuerto de Tokio. Ellos me han dado una información que el señor Duff me pidió, sobre la línea Tokio-Osaka del día de ayer.

—No sabía que Marty se hubiera interesado por ese aspecto de la cuestión —se sorprendió Masón.

—Me lo dijo cuándo bailábamos en el club. Yo he preguntado, y mis amigos han indagado, descubriendo que alguien viajó en uno de los aviones de la línea Douglas DC-7, justamente el que sale un poco antes que el tren especial de Osaka.

—Ese tren es el que tomó Marty...

—Sí. Porque ya había salido el avión a que me refiero. En ese avión viajaba una persona de Tokio a quien mi amigo de las líneas aéreas conoce bien.

—¿Es posible? —se sorprendió Claire.

—Sí. Debo darle su nombre a Duff... Él estaba seguro de que alguien, conociendo el escondite de Greta Ingerman, en Osaka, se adelantó a su viaje. El vuelo le dio tres o cuatro horas de margen, que aprovechó para localizar a Greta y asesinarla en el momento oportuno. Eso se ha confirmado ya.

—De todos modos, no creo que ya le sea útil a Marty —sonrió Masón—. Ya se terminó el caso. Ha caído el culpable. Y se han perdido definitivamente las piedras...

—Oh...—Ishima pareció defraudada. Incluyó la cabeza—. Bueno, pudo haber sido útil mi informe. Lo siento por la molestia que les di. Pero lo celebro por todos. Por usted, señor Gordon, por Duff... y porque se terminará esa sangrienta serie de violencias.

—Eso creo, pequeña —susurró Howard—. Gracias de todos modos, Ishima. Y dime..., ¿quién es la persona que viajó en avión de Tokio a Osaka?

Ishima pareció vacilar. Al mover un brazo, para iniciar algún ademán, su chal se enganchó en algo metálico. No pudo concluirlo, y se irritó, tirando con fuerza del chal.

Los flecos se habían prendido en las iniciales metálicas, grandes y plateadas, del portafolio de Claire. Las amplias, cromadas letras C. L., impedían que manejase su bellissimo chal.

—Espere, la ayudaré—sonrió Claire, dando un paso hacia ella—. Eso es algo que me sucede a mí con frecuencia, amiga mía...

—No se moleste. Ya lo hago yo —dijo Ishima, tirando con energía de los flecos.

—¡No, no! —protestó Claire vivamente—. Romperá su chal... o arrancará las letras del portafolio... Y es un regalo de Steve.

Pero era inútil. Ishima, obsesionadamente, había tirado con tal violencia, ahora de las letras metálicas, que las arrancó con un chasquido de la piel de cerdo de la cartera.

Claire gritó roncamente, parándose en seco. La letra L se quedó colgando del dorado fleco del chal...

Y cuatro gruesas, ovaladas piezas facetadas, centelleantes y vidriosas, saltaron alegremente sobre el suelo alfombrado, desprendiéndose del insospechado hueco en forma de L que la inicial dejaba en el portafolio de cerdo...

—¡Cielos! —gritó Masón, confuso, siguiendo con ojos dilatados el alegre brincar de las piedras.

—"Los diamantes", señor Masón... —silabeó Ishima Yoko—. "Las Lágrimas de Buda"—. Señaló a la lívida, petrificada Claire y añadió gravemente: —Ella era... Ella era la persona que tomó aquel avión, para llegar antes que Marty Duff a Osaka...

Hubo un silencio espeluznante y terrible en la estancia, tras la revelación tremenda de la pequeña y dulce japonesita, señalando fría, implacablemente, a una Claire Leighton mortalmente pálida y convulsa.

En el suelo, las piedras preciosas destellaban. Como lágrimas auténticas, caídas de una faz invisible y sobrenatural...

—Dios mío, no... "No puede ser" —jadeó Howard Masón, tan pálido como Claire.

—Lástima... —suspiró Claire, repentinamente fría, irguiéndose con lentitud—. Lástima que lo hayáis averiguado todo. Por culpa de esta maldita japonesa... ¿Por qué tuvo que enganchar el chal en mi portafolios? ¿Por qué?

—Fue intencionadamente —sonrió ella—. Tenía que acusarla con pruebas, o Howard Masón jamás me creería. Ahí tiene a la culpable de todo, señor Masón.

—Aun así, Ishima..., no puedo creerla—susurró Masón, estremecido de horror—. ¡Ha de haber un error en alguna parte;

—Sí En usted —dijo con calma Ishima—. Tuvo fe en la amistad. No debió tenerla. Claire tenía el escondite apropiado. El que nadie pensaría en registrar. No hay nada más inocente que dos letras ostentosas, prendidas en un portafolio. Y menos ahora, cuando el caso está sobreseído. Le hubiera sido tan fácil engañar a todos con ese escondite... -.

—Todavía puedo hacerlo —sonrió con duro sarcasmo Claire, de cuya anterior personalidad, nada parecía quedar ya. Era como si una máscara Noh hubiese caído de su faz. Como si terminada la pantomima, el actor renunciase a su falso papel en la escena, demostrando lo que había realmente bajo la carátula teatral—. Todavía, pequeña, soy más fuerte.

—Se equivoca. Ahora, un federal sabe la verdad. Ha visto las piedras —recitó Ishima—. Señor Masón, ya tiene la prueba que necesitaba. ¿No va a actuar? Su arma...

—Mi arma... —tristemente, Howard señaló el revólver en la mano de Gordon—. Está ahí, Ishima. En manos de mi amigo Steve

Gordon.

—¡Dios mío!

—Y él no permitirá que arreste a Claire, ¿verdad, Steve? —No, Howard. No lo permitiré. Es mi mujer.

—¡No puede hacer eso! —gimió Ishima—. ¡Se convierte en cómplice de muchos crímenes!

Howard Masón soltó una agria carcajada. Meneó la cabeza el federal, con expresión amarga, endurecida y sombría. Cuando habló, su voz era helada, saturada de acíbar:

—¿No te das cuenta, pequeña? ¿No comprendes la verdad todavía? Mi "amigo" Steve Gordon no defiende a la esposa amenazada..., "sino a la cómplice en peligro". ¿No lo entiendes, Ishima? Steve Gordon y Claire... "robaron las Lágrimas de Buda". Ellos son los ladrones, los asesinos... en estrecha complicidad desde un principio.

CAPÍTULO XI

COMO lo has sabido, Howard?

La pregunta de Steve, en el amanecer gris y nublado, pareció flotar como humo perezoso en la habitación.

Ishima, encogida junto a la máquina portátil y el portafolios del valioso secreto, miraba alternativamente al matrimonio Gordon y al federal entregado, inerme ante la pareja de implacables delincuentes.

—Sabido lo de Claire, ya todo era simple —habló cansadamente Masón—. He sido un imbécil, un loco. Duff tenía razón al principio, cuando me decía que un policía no debe ser nunca amigo antes que policía. Sólo debe obrar fríamente como su razón le dicte. Tú eras culpable, Gordon. Condenadamente culpable desde antes de la noche del robo en el templo budista. Lo habías planeado todo con sumo cuidado, no hay duda. Tu amistad con Greta y sus amigos del Nuevo Eje, ese absurdo e inútil movimiento rebelde que nunca podría llegar a nada.

—Pero vinisteis a ayudarme —rió Steve sardónico—. ¡Ayudarme a salir de "mi propia" trampa!

—Claro. Tú contabas con ello. No eras un delincuente habitual, ni un sospechoso. Sólo unas pruebas acusándote. Cigarrillos de filtro azul, lápiz labial "naranja sideral"... Un testigo, y una carencia de coartada. Todo eso, con virutas de bronce y demás detalles. Aparentemente, pruebas contra ti, Steve. Pero tú sabías que sería fácil deshacer luego todas esas pruebas. Habías fingido servir al Nuevo Eje como simpatizante. Supiste sobornar con trucos y dinero a Kenko Mizuno, que primero diría que te vio allí, y luego se dejaría ver por todas partes, como amigo de Greta. Se trataba de desvirtuar su testimonio para sacarte de la prisión. Mientras tú estabas en ella,

alguien mataría por ti a Mizuno, porque vivo sería un peligro. También matarían a Greta, todo ello sin salir tú de prisión. Eso te daría la coartada ideal. ¿Cómo matar tú desde la cárcel? Pues entonces, eras inocente...

—Sigue. Lo estás haciendo muy bien. Parece que pudieras ver el pasado con una bola mágica—Steve Gordon se expresaba con fría ironía.

—No es difícil hacerlo. Basta aplicar la lógica y ver las cosas como son, no como tú querías enfocarlas para nosotros. Os-pusisteis unas hábiles máscaras, lo confieso. Era demasiado ostensible que un testigo tan importante contra ti, cometiera luego la estupidez de agredir en público a una chica del Dragón, de embriagarse, de tener un costoso apartamento a su nombre... Incluso era raro no fingir más inteligentemente un suicidio, y no dejar las huellas de un asesinato inconfundible, en la piletta de Mizuno. Lo cierto es que "querías que pareciera asesinato". Era tu gran coartada mientras estabas en la cárcel. Demostraba < que había alguien ajeno a ti, matando en la sombra.

—¿Y qué más. Masón?

—El nuevo Eje, con su pandilla de chiflados fanáticos, completaban el cuadro. Ellos creían de buena fe que el ladrón de las piedras no hacía nada para servir a su causa con dinero, y le lanzaron por ahí a pregonarlo. También eso te interesaba, para que la Policía cayera sobre los nazis, no sobre vosotros dos, los compinches de ese juego genial. Greta, que primero te ayudó en todo, se ocultó luego siguiendo tus instrucciones, pero empezó a tener miedo y buscó otro escondite, preocupándote con su desaparición. Entonces, imbéciles de nosotros, Duff y yo fuimos a verte con Claire... y tú le dijiste claramente a ella "dónde podía estar Greta, para que fuese a matarla". Claire entendió muy bien el mensaje, y acudió en avión a Osaka, buscando a Greta en el lugar que tú atinadamente sospechabas. La mató, golpeando luego a Duff, que llegó pisándola los talones.

—Un relato novelesco diría la Policía—comentó Steve—. Imposible de creer, Masón. ¿Y el que te hirió a ti, y el que se tiró por la galería? Eran auténticos miembros del Nuevo Eje. Igual que Tarto, que acaba de morir.

—Los peles que tú utilizabas para tu juego. Ellos creían de

buena fe que tenían una fortuna en piedras. Debiste enviar a Taito unas piedras falsas. Pero era un juego peligroso, porque Taito era experto en diamantes. Mientras Claire se las entregaba tú debiste telefonar a la Policía informándoles del lugar donde Taito sería aprehendido y muerto. Tú sabes que los fanáticos políticos no se matan. Y, por fortuna, las piedras desaparecieron en el horno, sin dejar rastro. Ahora, ya estabas totalmente libre. Ni siquiera te registrarían al salir, puesto que las Lágrimas de Buda se perdieron para la Policía...

—Ni nos registrarán —silabeó Steve Gordon—. Lo sabes todo, Masón. Todo, menos lo que un hombre piensa cuando lleva toda una vida luchando por alcanzar un bienestar, y sólo logra vegetar, sentado ante una máquina de escribir, aporreando teclas y escribiendo para un hatajo de imbéciles sin cerebro que leen sus crónicas. No sabes lo que es ver en la faz de una imagen esas siete piedras fabulosas, custodiadas tan sólo por un monje. Lo fácil que es planearlo todo. Y lo difícil que resulta luego dar salida a esas piedras, eludir sospechas... Y se me ocurrió mi gran proyecto. Lo llevé a cabo. Triunfé en todo. En vez de mantenerme al margen de toda sospecha, era mejor ser sospechoso, para después verme libertado, con una sólida coartada. Todos eran simples instrumentos. Menos Claire y yo. Masón... Nosotros dos íbamos a triunfar. Al casarse conmigo, Claire jamás podría declarar contra mí, ni yo contra ella. Era la impunidad definitiva. Y las siete piedras, con nosotros. Donde nadie se podía imaginar, Howard...

—¿A qué precio esa fortuna? Vidas y más vidas: Mizuno, Doke, Greta... y las que pudieran segar los fanáticos del Nuevo Eje, en su afán de apoyar al ladrón de las piedras, que luego también se burlaría de ellos... Ahora, Steve..., dime ¿Qué piensas hacer?

—Matarlos.

—¿A los dos? —Masón se estremeció, mirando a la infortunada Ishima.

—Sí —sostuvo Claire—. A los dos. Ya se ha perdido demasiado tiempo. Dispara, Steve. Termina con ellos. Luego, pondremos el arma en manos de Ishima. Diremos que ella vino a matarnos, en nombre del Nuevo Eje... Puede hacerte un rasguño, herirme a mí. Lo que quieras, Steve, para dar consistencia a la coartada. ¡Vamos, pronto! ¡No hay que perder ya más tiempo...!

—Sí, Claire ya voy... —suspiró Steve Gordon, pálido, pero firme. Alzó el revólver y lo amartilló, encañonando a Howard—. Lo siento, amigo. No tengo nada contra ti. Sólo que estamos a distintos lados de una barrera. Y que eres uno del FBI... Adiós, Howard. No dejaré que sufras...

Masón apretó los labios con fuerza, esperando el disparo...

* * *

—No lo haga, Gordon. Será inútil...

Steve Gordon se quedó como una estatua de hielo. Sus ojos se dilataron, endureciéndose su gesto.

Lentamente, sin soltar el arma, giró la cabeza. Casi no podía dar crédito a su mirada, cuando se encontró con Juichiro Kato, con Marty Duff, con los policías armados que llenaban el vestíbulo de su apartamento, silenciosos y bien armados, cubriendo a ambos con sus armas.

Claire gritó roncamente, descompuesta y horriblemente lívida:

¡Dispara, Steve! ¡Dispara de una vez...!

Steve Gordon dejó caer el revólver a sus pies. Murmuró con voz quebrada:

—No, Claire. Ya no. Todo da lo mismo. Hemos perdido...

—¡Cobarde!

El aullido de Claire retumbó en la habitación. Luego, se abalanzó sobre el revólver que su marido había dejado caer. Lo empuñó, giró el cuerpo, disparó hacia el vestíbulo...

Su bala se clavó en un espeso cortinaje y en el estuco de la pared. Iba a disparar de nuevo. Juichiro Kato apretó el gatillo de su pistola. Una solo disparo.

Claire exhaló un gemido ronco, entrecortado. Se dobló, con un tos, mirando aturdida hacia los policías del recibidor. En sus labios emergió una espuma rojiza.

Doblóse violentamente, besando la alfombra con un golpe seco.

Steve Gordon, como ausente, la vio caer. Sólo atinó a murmurar:

—No, Claire... ¿Por qué? ¿Por qué eso? Yo te quería..., te quería, y lo hice por ti... ¿Por qué tuviste que hacerlo? Mientras dura la vida... siempre hay una esperanza...

Caminó lentamente hacia ella. Igual que un sonámbulo.

Marty Duff comentó, con dureza:

—Para usted no, Gordon. Para usted no hay esperanzas ya. Son demasiados crímenes sobre su conciencia. Los cometió ella. Pero usted era el inductor. Y usted mató al monje... Le espera la horca, Steve Gordon. Sin remisión.

Steve parecía no escucharle. Se arrodilló junto al cuerpo de Claire. Un policía recuperó el revólver de Masón. Se lo tendió a éste, que lo tomó con desgana. No perdía de vista al fantasma aturdido y vacilante que era ahora su amigo Gordon.

—Claire..., Claire... —sollozó Gordon—. Hubiera sido hermoso... morir juntos. Como prometimos vivir... con nuestra fortuna...

La besó. El rostro de Claire seguía pegado al suelo. Inmóvil para siempre.

Los policías le rodearon, dejándole desahogarse junto al cadáver de ella. Howard Masón guardó su revólver, respirando con fuerza. Ishima, impetuosamente, corrió hacia Marty Duff, se echó en sus brazos, rompiendo a llorar.

—Creí que no podría... —sollozó—. Que no tendría valor...

Masón miró a Ishima. Luego, a Duff. —Fue... una trampa, ¿verdad, Marty? —preguntó, casi afirmando.

—Sí. Todo era una trampa. La llegada de Ishima, mi llamada telefónica, diciéndote que era hecha desde la Jefatura... Ya estábamos todos rodeando la casa, esperando a que Ishima subiera, a que con un pretexto cualquiera se quedase atrás, dejándonos la puerta abierta para entrar en el piso... Era una trampa también el hecho de que nadie viese a Claire en el avión. Jugaba con carta falsas, Masón. Pero sabía que ellos eran. Lo sospeché muchas veces. Luego, al saber que Doke quería decirme algo al morir, al comprobar con un experto que un diamante salvado de manos de Doke no era tal, sino una imitación, comencé a ver claro. Recordé lo de Osaka, el hecho de que sólo Claire sabía lo del Teatro Torii, la extraña charla entre ella y Steve, como un mensaje hábilmente servido... Y me acordé de muchos otros cabos sueltos que tú, poco más o menos, también enhebraste aquí hace unos momentos.

—La felicito, pequeña —susurró Masón, dirigiéndose a Ishima—. Fue muy valiente al aceptar el papel...

—Tenía miedo. Pero lo dominé. Duff creía que las letras del

portafolios Steve. Adiós para siempre... eran el escondite pero no podía soñar con que yo lo tuviera a mano. Debía provocar la crisis sólo con la acusación. Pero al ver el portafolio, sentí la tentación de probar fortuna. Enganché los flecos disimuladamente... y lo demás ya lo sabe.

—Sí. Lo demás... ya lo sé —pasó camino de la salida, junto al fantasma lloroso que era Steve Gordon, inclinado junto a Claire. Murmuró únicamente—: Adiós, Steve. Adiós para siempre...

Gordon ni siquiera contestó. Acaso nunca llegó a oírle. Lloraba como el Buda afligido a quien robara una noche las Lágrimas...

Marty Duff, ya fuera, seguía llevando consigo a Ishima. Juichiro Kato sonrió con tristeza.

—No sé si soy un gran estúpido o un hombre inteligente —dijo con ironía—. Siempre sospeché de él. Pero, por otro lado, eso era justo lo que él quería. ¿Qué opina usted de esto, Duff?

—Que la Policía japonesa es una gran Policía —respondió el hombre del FBI—. De eso, no le quepa la menor duda, Juichiro. Usted se mostraba muy reacio a confiar en Steve Gordon. Lo mismo que yo.

—Tenemos algo en común los dos—rió Juichiro—. Y no sé si será inteligencia o la estupidez, amigo Duff...

Se apartó, con su risueña sonrisa, limpiando los cristales de sus gafas, mientras disponía el traslado de Gordon en el coche celular.

Duff y la japonesita caminaban delante. Howard Masón, a pocos pasos de ellos, aún anonadado por el tremendo golpe experimentado.

—La pesadilla queda atrás —murmuró Duff—. Supongo que ahora trabajarás tranquila cada día, Ishima.

—Sí, Duff. Sólo dos cosas me preocupan solamente.

¿Dos, todavía? —Sí, Duff... —Bien. ¿Cuáles son?

—La primera: aquellas flores, la cartulina dedicada...

—Olvidalo —rió él—. Fue la idea de un chiflado de mal gusto, o de alguien que había sido amigo de Greta, o compañero de sus ideas nazis... Nada serio, créeme. ¿Y cuál es la segunda cosa?

—Tú.

¿Yo? ¿Qué pasa conmigo?

—Vas a marcharte. El caso ha terminado.

—Me iré, sí —dijo él con un suspiro—. Pero hace tiempo que no

disfruto de vacaciones. Creo que me las darán, ahora. Y Tokio es un bello lugar para disfrutar de ellas... Especialmente, estando tú en él.

Ishima sonrió, entornando sus ojos radiantes. Oprimió con calor la mano de Duff. Y dijo, sencillamente, con tono jubiloso: .

—Entonces, ya nada me preocupa, Duff... Nada.

—Claro que no, querida. Ahora, hasta Buda sonreirá benignamente, cuando le devuelvan sus lágrimas... Parece un contrasentido..., pero yo sé que no lo es.

—Yo también lo sé, Duff. Todo lo hermoso tiene sentido...

* * *

Salieron a la calle. El asfalto volvía a aparecer mojado. Lloviznaba sobre Tokio.

Como al principio, pensó Marty Duff. Como si nada hubiera sucedido entre la noche en que Buda fue robado, y este momento de ahora.

Cuando tantas cosas habían ocurrido. Cuando tantos seres habían muerto, y tantas ambiciones se habían roto, en un laberinto de pasiones y de ambiciosos sueños.

Pero también de inocencia, de sencillez y pureza, pensó Duff, mirando de soslayo a la pequeña y dulce japonesa que caminaba cogida de su mano, bajo la fresca lluvia matinal, por la calles de Tokio.

FIN

DISTRITO 21

Le llevará a un
mundo de intriga y
violencia.

Avalada por el sello
de prestigio.

BOLSULIBROS

EASA

Distribuidores
exclusivos en América:
EDITORIAL AMERICA, S.A.
6001 N.W. 26th Street
Miami, Florida
FLORIDA 33166 - U.S.A.



**EDITORIAL
CASTELLANA**



P.V.P. **15** Ptas.